

Crónicas de los Años Duros (1968 - 1985)



El objeto de esta publicación es contar la “historia no oficial”, la que vivió cualquier ciudadano en este país durante el período de “Actuación ilegítima del Estado entre el 13 de junio de 1968 al 28 de febrero de 1985”.(ley 18596).

Se trata de relatos de quienes vivieron ese terrorismo siendo niños, jóvenes, uruguayos. Hechos, anécdotas, recuerdos desde diferentes lugares y personas, que se deben preservar, contar, compartir. Y así también estaremos trabajando por la verdad, la justicia, y el nunca más terrorismo de estado. Historias vivas, presentes, como siguen presentes nuestros desaparecidos, nuestros muertos, nuestros torturados, y todos aquellos que aunque no lo sepan: fueron presos de aquella gran cárcel que fue nuestro paísito.

Los convocamos a contribuir con esta trama que comenzamos a tejer entre todos de una historia no oficial. Que este sea el primer tomo de muchos más.

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS

(1968 - 1985)

Organizado por:



ISBN: 978-9974-93-120-6

Todos los derechos reservados.

Compilación: Nibia López.

Foto de tapa: *Marcha del Silencio* - Nicolás Correa

Fotos de contratapa: *Inauguración del Memorial del
Penal de Libertad* - Héctor Tierno

Diseño y diagramación: Tatiana Taroco

TE INVITAMOS A CONTAR

“CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS 1968 – 1985”

Hasta ahora ha habido muchas interpretaciones, académicas, políticas, personales, acerca de diversos hechos ocurridos en este período.

Estamos convocando a sumar mediante esta iniciativa de CRYSQL otras historias, por fuera de la historia oficial, otras experiencias que aún no han sido contadas, algo que vimos, que escuchamos. Cómo el terror afectó nuestro entorno, cómo nos paralizó el miedo, cómo la gente se las ingenió para burlar un control, o ayudar a alguien, o simplemente sobrevivir en aquella enorme cárcel.

Porque la gran mayoría de la población padeció de una u otra forma el terrorismo de estado.

Les proponemos que éste sea el inicio de una serie de publicaciones que contribuyan al conocimiento y difusión de las historias mínimas que nos identifican, porque contando lo que pasó estamos buscando la verdad y combatiendo la impunidad, y con la verdad de lo sucedido fortalecemos la memoria, herramienta fundamental, que con una auténtica justicia, traerá la certeza del nunca más, y un futuro mejor para nuestros jóvenes.

Queremos que ésta sea una manera de reconocer, revalorizar a todos los uruguayos que protagonizaron historias de lucha.

Equipo asesor:

Hugo Bervejillo

Lauro Marauda

Lucio Muniz

A MANERA DE PRÓLOGO

Entre mediados de la década de los sesenta y mediados de los ochenta, el país vivió una situación dramática, de conflicto que afectó la vida del país.

Violencia económica, social y política que transformó a la sociedad: conflictos sindicales montevideanos - frigoríficos, bancos, textiles, metalúrgicos, estudiantiles - y también sindicatos rurales y un movimiento armado urbano.

La heterogeneidad política generó una lógica de diversos puntos de vista, y por ende, diverso también su balance de los hechos:

La historia registrada y editada de estos años no incluye las otras historias, las de la gente común, de barrio, que vivió esos conflictos según cómo le afectara: a veces asomándose a algo desconocido, a veces participando, y en casi todos los casos enfrentándose - o contando con la oposición de - a familiares y amigos. La nueva situación estableció dos mundos inapelablemente antagónicos: el de los represores y el de los que tomaron la tarea de enfrentarlo, pero que dejó fuera de protagonismo un amplio campo humano- el de la población en general- que no participó sino a través de actitudes particulares, individuales, clandestinas, algunas simplemente decisivas, muchas veces heroicas, pero siempre anónimas.

De estas historias queremos hablar. De aquellas en las que participó gente anónima que nunca figurará en las historias oficiales ni en los discursos políticos, que nunca tendrán una calle o una plaza que los recuerde, de gente que algún día se jugó- a su manera y a su medida- sin esperar retribución ni homenaje: esa parte de la historia oficial que necesariamente debe integrar - es hora de que integre- la memoria de un país y de varias generaciones.

Convocamos a empezar a recuperar esas historias.

Hugo Bervejillo

*Al Palomo, que le puso música
a un tiempo de incertidumbre*

- ¡Jaque y... mate! – dijo Lito.

Las cosas habían cambiado. Ya no estaba el enorme tablero de madera con sus piezas gigantes, apenas uno diminuto que apoyábamos con dificultad sobre los muslos, evitando que las horribles piezas de plástico saltaran de su lugar. Las partidas se hacían a los gritos, desprolijas y protestadas, sin la solemnidad que el Polaco había logrado imponer, tras iniciarnos y fomentar el juego de ajedrez. Cuando llegó a la barraca, rengueaba de manera muy particular. El negro humor del colectivo lo había rebautizado “Piñón Fijo”. No dejaba de ser una crueldad, porque se había fracturado la pierna derecha en varias secciones. Al principio, el Polaco contaba su accidente con aire de misterio, como si hubiera sido producto de un acto militante, tortura, resistencia o detención heroica. En realidad, se había caído de una escalera pintando una ventana del cuartel. “Dramático sí, pero nada heroico”, comentó a las risas un compañero.

Además de su gran formación cultural y extrema erudición, el Polaco era un excelente jugador de ajedrez, maestro en la categoría profesional. Gracias a su docencia se popularizó en la barraca, permitiendo a muchos compañeros, conocer nuevas potencialidades, habilidades ocultas e innatas inteligencias.

Un día aparecieron las hermosas piezas de ajedrez. Perteneían al Polaco y eran enormes, magníficas esculturas talladas en madera. Pero su tamaño imposibilitaba ubicarlas en los tableros existentes. Ellas pedían a gritos un soporte de jerarquía. Por más vueltas que le dimos al problema, no encontrábamos una solución. ¡La tengo! Exclamó eufórico Lito, señalando con el dedo la tabla de dibujo de Grumpi.

Sin embargo, el problema seguía siendo complejo. Grumpi era un compañero difícil, irascible y lo peor, la hermosa tabla de dibujo formaba

parte de su intelecto, su persona, su cuerpo... Tímidamente nos acercamos a su cucheta con una pequeña delegación de compañeros. Era evidente que se trataba de un asunto de alto nivel político. Lito carraspeó y arrancó con un pequeño discurso que, básicamente, se refería a la importancia del arte en el proceso revolucionario. Grumpi, mientras lo escuchaba en silencio, recostado en la cabecera de su cama, se preguntaba a dónde quería llegar la retórica de Lito, incapaz de dibujar una línea, de realizar una artesanía o detenerse un segundo en la contemplación de un cielo estrellado. Si alguien estaba negado a toda expresión artística era precisamente Lito...

- Grumpi, ¿puede sustituirse el soporte donde expresás tus creaciones plásticas?

- No sé, en realidad no sé a qué te referís, le das tantas vueltas...

- Bueno... si te cambiamos tu tabla por una más pequeña, ¿Podrías seguir dibujando?

Desde entonces, su otrora tabla de dibujo lució en el medio de la barraca, barnizada y transformada en tablero de ajedrez, con las imponentes piezas luciendo su belleza, llamando a futuras batallas y a la espera de la *Gran Partida*.

Por las mañanas tempranas, uno a uno, iban cayendo los compañeros a la rueda del mate. Callados, solos con sus pensamientos, meditabundos y recordando sueños, se escuchaban las voces de los más locuaces que desgranaban cuentos y anécdotas para todos los gustos y todas las amarguras. Tiempo de distensión, el tema profundo, la reflexión trascendente no tenía cabida. Era la hora del Palomo, que además de brillante cantautor popular, poseía todas las cualidades humorísticas al mejor estilo de Landriscina. ¿Cómo anda, Palomo?

- Desorientado, como perro en cancha de bochas.

Cierta vez, un oficial que lo conocía de su pueblo natal, le espetó en la cara que sus canciones habían sido prohibidas en el país: No se canta ni siquiera tu *Río de los Pájaros*. ¡La plata que te estás perdiendo! Le dijo, riéndose a carcajadas. - ¡Qué me importa! – Contestó el Palomo, rápido como la luz. – Mis canciones igual se cantan en el mundo.

El oficial, abruptamente, cesó de reírse. Se hizo un espeso silencio mientras sus ojos indicaban que buscaba una urgente respuesta. Finalmente la encontró: No te preocupes, ya las vamos a prohibir *también en el mundo*. La risa colectiva no se hizo esperar. Debo reconocer que me ganó la pulseada, el muy desgraciado, comentó risueño el Palomo.

El Turco era un *pesado*. Tenía fama de duro y cargaba el misterio de su vinculación internacional con el movimiento palestino. Se comentaba incluso que había sido amigo personal de Arafat, por quien sentía una devoción casi sagrada. Ni bien llegó a la barraca y cuando fue presentado al Polaco, rumió unas desagradables palabras que los compañeros optaron por no oír. Pero nadie se llamaba a engaños. La “Guerra de los Seis Días” no estaba muy lejana en el tiempo. El Polaco tuvo un marcado cambio de actitud. Ya no se interesaba tanto en el ajedrez, no hacía gala de la paciencia que lo había caracterizado. Comenzó una defensa cerrada del Estado de Israel y las discusiones con el Turco se hicieron cada vez más encontradas. Si no llegaron a los golpes fue porque siempre rondaba algún compañero evitando que la sangre llegara al río. Habláramos de lo que habláramos, ellos siempre terminaban enfrascados en el Medio Oriente. “No pueden con los genes”, comentó con ironía el Foca.

La idea planteada por Papirolo era que, tanto el Turco como el Polaco, dejaran sus diferencias de lado y jugaran una partida de ajedrez. Quien triunfara, no iba a tener razón, pero sí una especie de triunfo moral. Pero lo más importante, cualquiera fuera el ganador, no hablarían más del tema Medio Oriente. El Turco era un buen jugador de ajedrez, pero solo eso: no tenía ni por asomo el excepcional nivel del Polaco, metódico, frío, calculador. Desde el pique te atrapaba con cinco, diez jugadas adelantadas. Sabía a dónde llegar, y toda su estrategia estaba prefigurada de antemano en su cabeza. Por el contrario, el Turco tenía algún arranque de genio, era un fedayín que te acechaba y cuando nadie lo esperaba, te ganaba la partida. Pero era desprolijo y su audacia lo hacía cometer errores. En realidad, tenía muy pocas chances de ganarle al Polaco. Sin embargo, era orgulloso y aceptó el desafío.

Lito fue nombrado Gran Juez y tras largas discusiones, se llegó a un

acuerdo. Se jugaría sin tiempo alguno y cada participante podía contar con tres analistas permanentes. Todos quedamos asombrados cuando el Polaco anunció que jugaría solo, sin ayuda de nadie. Una ventaja que aprovechó el Turco, formando su equipo con las luminarias de la barraca: Quico, el Foca y el Colo. Lo mejor de lo mejor.

Aquel día, poco antes de comenzar la *Gran Partida*, el Palomo se largó a tocar el arpa sin previo aviso. Surgieron como por arte de magia los sonidos del “Cóndor pasa”. El encanto de los arpegios que erizaban la piel nos atrapó a todos. Presos y carceleros quedamos mudos y expectantes, paralizados donde la música nos encontró. Unos en las cuchetas, otros en los baños, en los pasillos, en la garita de la guardia. Mientras sonaba el arpa – Mil guitarras y mil volines-, se abrieron las puertas y se derrumbaron las fronteras.

Pasaron por la guardia, atravesaron la barraca y todo el mundo – soldados y presos – los ignoró. Los oficiales llegaron prácticamente hasta donde el Palomo tocaba el instrumento, ajeno a la realidad, compenetrado sólo con los acordes y el ritmo de su música. El más joven de los oficiales tuvo que gritar muy fuerte, casi en sus oídos, para que el Palomo le diera pelota:

- ¡ATENCIÓN!

Vinieron días sin sol, sin recreos, sin deporte y, por supuesto, sin música. Gracias a la locura sublime del Palomo, sobrevolamos por el aire, libres como los pájaros.

- ¡Quién te quita lo bailado! Gritó eufórico el Colo, que comenzó a correr por el medio de la barraca, batiendo los brazos como alas y riendo a carcajadas.

La *Gran Partida* nunca llegó a comenzar. A la semana, el Turco marchó para el celdario; días después, el Polaco fue puesto en libertad...

Esa tarde, después del trabajo, como hacía un par de veces por semana, fui a casa de mis abuelos antes de ir a estudiar. Después bajé por la calle Constituyente, que en alguna esquina se transforma en Bulevar España. Por ese entonces cursaba Preparatorios de ingeniería, en el horario nocturno del liceo Zorrilla y mis abuelos vivían a pocas cuadras del centro de estudios ubicado en Durazno y Bulevar España.

Mi infancia había transcurrido en ese barrio, pero desde hacía varios años nos habíamos mudado a “Rincón de la Bolsa”, hoy Ciudad del Plata, en el departamento de San José. Yo insistí en seguir estudiando en el Zorrilla a pesar de que eso significaba tomar dos ómnibus de ida y otros dos de vuelta y 2 horas de viaje en cada trayecto. Cuando terminé 4º de liceo (el ciclo básico lo implantó la dictadura un par de años después) decidí comenzar a trabajar sin dejar los estudios ni cambiar de centro de estudios.

Comenzar a trabajar y apuntarme a Preparatorios en el “nocturno” significó para mí un cambio importante en mi vida. La mayoría de mis compañeros de liceo continuaron estudiando en horario vespertino y por lo tanto dejamos de vernos. Sólo con algunos de ellos pude mantener el vínculo: un breve contacto de pocos minutos compartiendo un café y una corta charla que se repetía casi a diario. Cuando ellos salían de clase se reunían en el bar de la esquina y yo me unía a ellos hasta la hora de entrada del nocturno. Las tertulias en el desaparecido bar de la esquina de Br. España y Salterain, cuyo nombre no recuerdo, o no quiero acordarme, eran para mí una especie de catarsis, un tiempo de relajación, un cambio de roles entre el trabajador (empleado de una librería) y el estudiante (aspirante a ingeniero). Nuestras charlas giraban en torno a temas variados. Éramos muy jóvenes, pero nos gustaba leer, nos gustaba estudiar, nos gustaba el cine, el teatro y teníamos mucha cultura política. Vivíamos un tiempo de cambios y nosotros también cambiábamos, salíamos de la adolescencia y casi sin transición pasábamos a comportarnos y sentirnos como adultos. Hablábamos mucho de política, de movilizaciones, de

pintadas, de resistencia. A eso el poder fáctico lo denominaba “conspirar”.

La época nos arrastraba, los acontecimientos nos desbordaban, todo era vertiginoso y nos involucraba. El golpe de Estado de 1973 nos encontró en plena adolescencia y con la rebeldía a flor de piel. Éramos los herederos del mayo del '68 pero nos quisieron callar, nos quisieron domesticar, nos quisieron someter y hacernos dóciles. Algunos se acomodaron en esa situación pero otros mantuvimos nuestra obstinada resistencia y entonces fuimos acosados, perseguidos, denunciados, algunos detenidos y torturados, otros terminamos en el exilio.

La memoria es un arma poderosa pero a veces también es rebelde y nos juega malas pasadas. Los años tampoco ayudan y por mucho que me esfuerzo no consigo situar en el tiempo cuándo pasó lo que pasó. Puede haber sido en el año 1975, o quizás fue en 1976, no lo sé. Tampoco importa demasiado, las fechas son solo puntos fijos en la historia y lo que realmente importa es la historia: el qué por encima del cuándo, el cómo por encima del dónde.

Ese día no bajé del 116. Llegué al bar de la esquina del Zorrilla caminando, no sé qué día era, ni de qué año, pero sí recuerdo que llegué a pie. Es como una foto fija en la que solo hay un instante que queda en la memoria. El instante siguiente y las horas posteriores también están presentes, imborrables de mi memoria. Después todo es nebuloso, borroso, difícil de recordar.

Llegué al bar, abrí la puerta, entré buscando con la mirada a mis amigos, que no estaban en la mesa del centro que era nuestra preferida y en la que casi siempre nos sentábamos. En ese momento sentí una sensación de vacío, de soledad, de abandono y me olí que algo no andaba bien. Alguien me dijo que no habían venido y que mejor que me fuera. En ese momento tuve la certeza de que no debía ir a clase esa noche. Salí del bar y di un rodeo para no pasar por la puerta del liceo y dirigirme a casa de algunos de mis amigos para saber algo de ellos. Mis temores de lo peor se iban a confirmar pocos minutos después. No tuve necesidad de llegar a la casa de nadie. En la calle me crucé con un compañero que me contó lo ocurrido. Había sido un día de redadas en el liceo, la policía había estado todo el día merodeando por los alrededores y a la tarde se dedicaron a detener alumnos. No sé cuántos cayeron, pero sé que

muchos de mis amigos estaban entre ellos. En el momento de confirmar lo que me temía, las sensaciones fueron muchas y los sentimientos encontrados: lo primero que sentí fue rabia, bronca, odio, ganas de gritar “milicos de mierda”. Después vino la sensación de alivio por haberme librado, pero también la necesidad de estar con ellos, de compartir su (mala) suerte. Pero lo peor fue cuando me di cuenta de que habían caído todos los que nos reuníamos en el bar menos yo y se me ocurrió que alguien podía pensar que eso no había sido casualidad. La sensación de angustia que me sobrevino sí que la recuerdo y la tengo grabada a fuego. Hubiese dado cualquier cosa por poder estar con ellos en ese momento, decirles que yo no había tenido nada que ver, que no había llegado a la hora de siempre porque había ido a casa de mis abuelos, que yo no delaté a nadie, que yo era incapaz de eso. Y esa iba a ser mi cárcel. Yo, que nunca caí preso tuve mi cárcel particular dentro de mí, en mi conciencia. Una conciencia que me recriminaba algo que yo no había hecho, pero la incertidumbre de no saber qué pensarían los demás, el hecho de no poder hablar con ellos, me hacía sentir una culpa que no tenía.

A partir de ese día todo cambió, nada volvió a ser lo mismo. Algunos salieron en libertad en pocos días, pero las tertulias en el bar nunca más volvieron. El principal sospechoso de habernos denunciado era el mozo del bar. Eso me alivió bastante aunque en el fondo la sensación de culpabilidad seguía estando ahí, en segundo plano pero molestando bastante.

Para los que entonces eran menores de edad fueron pocos los días de detención. Para los mayores la cosa fue diferente y algunos estuvieron años en cana. Para mí, el sentimiento de culpa, a pesar de mi inocencia, fue mi cárcel particular, cárcel que duró durante muchos años y que tuve que llevar en soledad, sin poder hablar con nadie de esa pesada losa que cargaba. Esta es otra de las secuelas que nos dejó la dictadura y el terrorismo de Estado: la tortura psicológica, la desconfianza, la rotura de lazos de amistad, el desmembramiento del tejido social; en definitiva: la Soledad, soledad con mayúsculas. Quiero diferenciar aquí la soledad individual, la soledad interior, de aquella otra soledad que nos querían imponer con decretos. Como aquel que nos prohibía caminar por la calle en grupos de más de tres personas y que siempre nos ingeniábamos para

eludir; diferente de esa soledad que intentaban imponernos ocultando información para que pensáramos que estábamos solos en la lucha contra la dictadura pero que nunca consiguieron porque los partidos y los sindicatos se mantuvieron unidos, porque cuando caía un dirigente había otro que asumía la responsabilidad, porque cuando caía un compañero había otro dispuesto a sustituirlo. Como colectivo, como grupo, como pueblo, nos mantuvimos unidos, pero individualmente, afectivamente, nos fueron mutilando. Cada amigo que caía, cada amigo que se exiliaba, cada amigo que salía de nuestra vida era una mutilación del alma, un trocito de vida que nos arrancaban. Y esas heridas no cierran, nunca cicatrizan del todo. El tiempo mitiga el dolor. Nuevos afectos llenan nuestras vidas, nuevas ilusiones nos dan fuerzas para seguir adelante; pero hay ratos en que las heridas del alma vuelven a abrirse y sangran y nos vuelven a doler. Cuando vemos a tanto criminal suelto pavoneándose, tanto torturador impune, tanto asesino en libertad y es tanta la gente que nos falta, tanta ausencia dolorosa, tanta gente a la que le robaron la juventud, tanta gente desaparecida, entonces la impotencia y la rabia nos sacuden.

Ese día fue un punto de inflexión en mi vida y me animaría a afirmar que también en la vida de mis amigos; ese día nuestras vidas cambiaron sustancialmente. Nada fue lo mismo desde entonces, nunca más volvimos a estar juntos, muchos nunca más volvimos a vernos ni sabemos qué fue de la vida de los demás.

La vida siguió; para algunos en la cárcel, para otros en libertad, pero lo que nos cambió a todos fueron las expectativas de futuro: éstas ya eran otras, los proyectos a corto plazo quedaron truncados, ninguno de nosotros tenía claro qué iba a ser de su vida. Lo único que teníamos claro era que nuestras vidas corrían peligro. Algunos pasaron a la clandestinidad, otros se fueron del país enseguida, otros nos quedamos algunos años antes de irnos. Lo cierto es que nos extirparon una parte importante de nuestros afectos; nos extirparon nuestro futuro y nos trasplantaron uno nuevo que no queríamos; un futuro de emergencia que no sabíamos cuánto iba durar; nos extirparon a nosotros de nuestro país, de nuestros vecinos, de nuestros colegas, de nuestros compañeros, de nuestros centros de estudio. El país y su gente: todos mutilados.

Hoy recuerdo hechos, recuerdo situaciones, pero no recuerdo caras,

no recuerdo nombres. No sé si me los extirparon o me los extirpé yo intentando borrar mi sentimiento de culpa. Hay un lapso, un período de tiempo del que los recuerdos no fluyen, como si todo hubiera sido un sueño o una pesadilla de la que solo recuerdo algunas cosas al despertarme.

La vida siguió para algunos, para otros se detuvo el día que dejaron de saber qué pasó con sus seres queridos, esos desaparecidos que nos faltan a todos como sociedad, esos cuerpos que tenemos que saber dónde están y por qué llegaron ahí.

Hay que juzgar a los responsables para poder vivir en paz, para ser una sociedad sin deudas con nosotros mismos.

Han pasado más de 40 años y he vivido en el exterior la mayor parte de ese tiempo. Ahora he vuelto, he reconstruido parte de mi historia, he vuelto a ver a algunos amigos de la niñez y de la juventud, me he reencontrado con familiares; pero hay un tiempo, unos amigos, unos años, unos hechos que no puedo reconstruir. Si una parte importante de la sociedad no puede reconstruir su pasado, si quedan trozos de vidas sueltos, si hay afectos que no se pueden recuperar, si no hay justicia, si no se explica a los jóvenes la verdad, entonces esa sociedad vivirá con rencores, con deudas del pasado, sin poder cerrar sus heridas y lo que es peor: con el miedo y la posibilidad de volver a vivir lo mismo otra vez.

Ufficiale mio figlio è buono ! Proclamaba la tana cada vez que iba a visitar a su hijo al Penal. Se lo decía a cualquier soldado que tuviera a tiro.

Mi madre pensaba lo mismo, igual que todas las otras que esperaban pacientemente para entrar. No lo expresaban a viva voz, pero todas estaban convencidas de lo mismo. Callaban porque tenían que les suspendieran la visita. Las suspendían por cualquier motivo que su arbitrariedad creara. En verano - por ejemplo -, las rechazaban si no llevaban sus brazos cubiertos hasta las muñecas.

Antes de caer presos, en general no veíamos mucho a nuestros padres. La militancia era muy absorbente y además no queríamos discutir con ellos, dado que muchos no compartían para nada nuestras ideas. Ya estando en Libertad, si bien contábamos con el apoyo de nuestros compañeros de prisión, comenzamos a necesitar una dosis mayor de amor y cariño, totalmente incondicional y por eso esperábamos ansiosamente las visitas. Nos preparábamos para ese día: nos acicalábamos (baño) y bien afeitados lucíamos el mejor mameluco gris que teníamos, calzando las alpargatas negras que nos había proporcionado el Establecimiento.

En mi caso mi visita era bien reducida: solo mi madre. Soy hijo único. Mi padre me visitó solo dos veces en 13 años y para recriminarme. Era Asturiano, admirador del Caudillo y en lo nacional partidario primero de Nardone y luego de Pacheco Areco. Mi compañera en el exilio, con nueva pareja y mi pequeña hija en la ciudad de Santa Lucía en manos de unos parientes que me la traían una vez al año. En el caso de los que antes de caer, teníamos pareja teniendo por delante una cana prolongada, nos dábamos perfecta cuenta de que iba a pasar lo que pasó, tomaron otros rumbos afectivos y también sabíamos que no podíamos reprocharles nada. No eran monjas. No obstante hubo casos en que bancaron toda la cana.

En las visitas las madres eran el motor principal, alma mater es el término más apropiado: Ellas preparaban el paquete, nos daban noticias del mundo exterior, nos contaban los chismes de la familia o el barrio.

Nos aconsejaban porque a veces nos veían flacos o tristes (aunque nosotros hacíamos un tremendo esfuerzo para mostrarnos sonrientes y optimistas). No podían tocarnos ni abrazarnos, porque había un vidrio de por medio y también un teléfono. Solo estaba al final de la visita un beso, por un agujero en el vidrio que era controlado celosamente por un milico. Resumiendo: nos alimentaban la panza y el corazón. Y no faltaban nunca, tanto en verano como en invierno.

Ahora vayamos a mi madre. Se llamaba Dorinda Lamas. Nació en 1909 en Verdillo, una pequeña aldea de la campiña gallega. Mi abuelo Manuel, de igual origen, fue durante años un trabajador golondrina. Era jornalero y no sabía ni escribir su nombre. Viajaba todos los años desde el puerto de Vigo a “la América” a trabajar como bracero en alguna zafra. Tenía dos destinos: Cuba y Uruguay. Terminaba la zafra y regresaba a España hasta el siguiente año. De esos viajes tengo dos documentos expedidos - en forma manuscrita -, por la Junta de Emigración de Vigo, uno datado 31 de diciembre de 1897 y el otro del 28 de noviembre de 1910. Aparentemente fue en éste último viaje que se radicó definitivamente en Montevideo, trayendo un tiempo después a su familia. Acá se desempeñó fundamentalmente como carrero, llevando mercaderías a la campaña. Cuando nací, ya él había muerto y también mi abuela Juana.

Mi madre se divorció de mi padre cuando yo tenía unos nueve años. Por una mala separación de bienes, le tocó solo una humilde casita en Playa Pascual. Empezó a trabajar como obrera en Cololó, en la Ruta 1. Luego por aprietes económicos la vendió y luego de mi caída, pasó a vivir en un pequeño apartamento que yo alquilaba en la misma Playa Pascual. Allí murió. A mi madre, si bien no era muy culta, le gustaba y escribía poesía, leía muchas novelas de amor, pero lo que más disfrutaba era cantar. Era portadora de toda una tradición oral de mi abuelo. Cantaba habaneras de Cuba, pasodobles, canciones en gallego y hasta tango. Una hermosa voz...inolvidable. Si dispusiera de más espacio, podría contarles sus canciones preferidas. Su madre le había contado de todas las leyendas y supersticiones gallegas, de las brujas y demás, que aún recuerdo. Era una madre sobreprotectora en extremo y el Nene- que era yo - era lo más importante en su vida.

Por razones que no puedo explicar ahora, las cartas y fotos que tengo de ella son muy pocas y fragmentadas. En fotos, solo la cédula y una foto

carné.

Yo caí en mayo del 72 y las primeras cartas y visitas de mi madre fueron en diciembre, estando ya en Libertad. Decía el 2/12/72 : *“Nene, querido hijo, Dios quiera que al recibir esta carta, te encuentres bien de salud, yo estoy bien, no comprendo cómo se puede sufrir tanto, sin morir, mientras tu madre pueda, puedes estar tranquilo, que nunca estarás desamparado. Piensa que mañana tu madre estará en el Penal y así todos los sábados.”* Pasan los años y el 1/6/75 escribe: *“Recibe muchos besos y abrazos de esta madre que nunca te olvida y que jamás te abandonará mientras tenga vida.”* En junio del 76, escribe: *“A las 11 de la noche, hora en que te di la vida con amor muy grande, suplicaré a Dios, para que recobres tu libertad...”* A mediados del 77, escribe: *“después de 5 años y por primera vez, no estaré en la visita. Te pido que estés tranquilo pues no es más que una recaída debida a mis imprudencias de siempre, me bañé con congestión y me fui a trabajar, está complicado con el corazón, pero esta vez no puedo dejar la cama, esta vez no podré escapar como cuando estuve en el hospital.”*

Fecha el 19 de agosto de 1979, me llegó esta carta: *“quiero enterarte que a causa de haber sufrido un ataque de asma agudo, tengo que guardar cama por unos días y por lo tanto no voy a poder ir a verte, quiero que estés tranquilo pues es la pura verdad....de todas maneras tú sabes muy bien, que tu madre siempre está junto a ti, a todas las horas, de noche y de día, aunque no me veas y aunque no te vea, siempre estoy contigo, pues estás muy adentro de mi corazón...bueno Nene me despido de ti hasta la próxima que ya nos veremos. Recibe todo el cariño de esta madre que tanto te quiere, muchos besos y un abrazo muy fuerte sobre mi corazón. Mamá.”*

Se estaba muriendo y se murió.

Última carta. Lo dice ella... aunque no la vea, estará conmigo.

No hubo más visitas, pero yo pensaba que seguía enferma o internada, como ya había sucedido. Mi tabaco y hojillas, los fósforos, mi azúcar, yerba no, porque nunca tomé mate, mi leche en polvo, mi cocoa y algo dulce me lo arrimaban los compañeros solidariamente. Pasaron los meses y yo sin noticias. Por supuesto y como hacía habitualmente seguía enviándole las cartas por CITA. Ningún milico en el Penal me avisó nada. Recién

alrededor de abril del 80 , una vecina de mi madre, Gladys me comunicó que mi madre había muerto.

El 13 de mayo de 1980, le envió carta a Gladys, copia que tengo ahora a mi vista de la que extraigo los siguientes párrafos : *“mi madre siempre te mencionaba, que te habías preocupado por ella por un adelanto de dinero, por ropa o por los lentes o para llamarla a trabajar, para darle la oportunidad de hacer algunos pesitos. Mamá contaba cuando en días de desaliento, se ponía a llorar y la forma en que vos la abrazabas, la consolabas, tratabas de volcarle toda la ternura, el cariño que necesitaba. Yo sabía que a vos no te sobraba la plata, que tenias que hacer mil gambetas para vivir. Yo pensaba que se terminaría antes esta cárcel, que su vida. Que podría estar a su lado, lejos de rejas y alambres. No fue posible. Prometo no olvidar nunca - aunque hoy no conozco ni tu apellido -, tu bondad y la de los otros vecinos, el desinterés de ustedes. Lo único que pido es la oportunidad de demostrar de alguna manera mi agradecimiento.”*

Siempre habrá gente buena, lamentablemente cada vez menos. Y esos pocos vecinos que rodearon a mi madre en sus últimos días, lo eran.

Hubo una familia que comenzó a visitarme, un tiempo después de la muerte de mamá. Agradecimiento eterno. Familia Díz.

Cuando salí el 13 de agosto del 84, un querido vecino me entregó algunas cosas y papeles que había dejado mi madre y las cartas cerradas que yo le había escrito a mamá, cuando ya estaba muerta. Las quemé.

Para terminar diré, que mi madre no era como mi padre, un fascista convencido. Veía la injusticia social y siempre trató de ayudar a los más débiles. Pero nunca se imaginó que se podría cambiar las cosas. Cuando yo, en plena efervescencia de mis convicciones socializantes, se lo participaba, ella siempre me decía lo mismo : *“Nene, siempre hubo ricos y pobres...y así seguirá”* y lo repetía una y otra vez.

A decir verdad, hasta el día de hoy, es indudable que mamá tenía razón.

(Espero que a futuro se demuestre que estaba equivocada , aunque yo no lo veré).

A mi sobrino Piero. Si la vida no lo hubiera llevado tan temprano, seguro que también estaría aquí, relatando sus crónicas de la cana que enfrentamos durante los años duros que nos tocó vivir.

Me llevaron una noche de junio del 72. No recuerdo un invierno tan frío y oscuro. Atrapado durante días dentro de mi ropa mojada que resistía a secarse contra la piel, el frío me mordía los tendones porque cada tanto volvían a sumergirme en la pileta del tambo.

Las costras del barro colorado del patio en el que me arrastraban cada vez que perdía el conocimiento por la asfixia, intentaban protegerme inútilmente de los golpes que el mismo frío hacía más dolorosos... hasta que un día dejaron de dolerme, quizás por la costumbre.

Al frío se sumaba la oscuridad que olía acre, a roña y al sudor de la capucha mugrienta atada a mi cuello, la que no obstante la ceguera, no impedía que intuyera dónde estaba, porque debajo de los pies descalzos, el piso cubierto con paja orinada y el eventual resoplido de los belfos o los golpes metálicos de los cascos sobre los adoquines, me recolocaban dentro de la caballeriza.

Cerca de allí, en algún lugar, crepitaban unos troncos que reunían en torno a una fogata la conversa nocturna y abrasilerada de los soldados de guardia, que ajenos reían de algo, o llamaban a quien presumiblemente me custodiaba, para tomar un trago furtivo de caña de alguna botella que estaría escondida, vaya a saber donde.

El calor de aquella fogata fue quizás lo más añorado en ese tiempo. Sentados por la noche a la vera del viejo fogón de hierro de la cocina, de cuya boca brotaban las llamaradas, mi viejo me sostenía sobre sus rodillas mientras iba contando con sus giros calabreses entreverados por la rabia con un castellano mal aprendido, sobre un hijo de puta llamado Mussolini, que comandaba en su tierra una horda de salvajes a quienes llamaba "fascistas" que obligaban a cualquier a tomar aceite de ricino hasta que se cagaran por las patas. ¡Cómo si cagarse fuera a evitar que

los odiaran!, aunque el propio Papa - otro gran hijo de puta - les bendijera los cañones que iban a Abisinia a matar a negros inocentes.

Ante la mención del “santo padre”, mi madre, que zurcía viejos calcetines de lana sentada en su silla baja frente al fuego, pedía que moderara un poco la lengua, frente al bambino.

Yo no sabía muy bien quienes eran esos schifosos fascistas a quienes tanto odiaba mi viejo, quizás fuese una especie nueva de los bandidos que aparecían en los dibujitos del Tony. Lo único que conocía de ellos era que encarcelaban y torturaban a obreros y rapiñaban cuanto encontraban en las miserables capanne de los contadini del sur, quienes apenas podían matar el hambre durante el invierno con panes secos y duros con harina de maíz.

- “Levantá esos brazos, tupa de mierda” -, me gritó el custodio golpeándome los codos con su cachiporra, reinstalando los agujones punzantes en los hombros y el espinazo, junto a la realidad extenuante de las interminables horas de plantón.

Recobré la conciencia tirado boca arriba sobre la paja húmeda del piso, creyendo que una serpiente se arrastraba cerca de mi cuerpo, por eso contuve la respiración cuanto pude. Sabía que las yaras buscan el calor, por lo que no sería extraño que reptara entre el forraje de los caballos. Me mantuve rígido cuando percibí que el sonido quebradizo de los tallos estaba próximo a uno de mis brazos, hasta que el mismo sonido comenzó a escucharse cerca de mi cabeza. Creo que fue un movimiento involuntario producido por el pánico el que echó a volar una bandada de gorriones que hurgaban la paja en busca de semillas. Después de algunos giros asustados, ganaron la libertad a través de un ventana sin vidrios cuya claridad mortecina entreveía a través de la tela de la capucha.

Bajaba la cuesta de la calle de la mano de mi viejo que marchaba con paso marcial como buen voluntario del 18, enrolado con apenas 16 años para defender en las montañas heladas, las fronteras del Trentino. Desde mi escasa dimensión de gurisito, su figura lucía como un árbol gigantesco en el cual deberían anidar decenas de pájaros. Ibamos a negociar una “bagatela” que había creado en su taller a cambio de unos pocos pesos que nos permitieran comer unos días, porque eran tiempos duros y estaba desempleado. Había trabajado en el taller de unos patricios, hasta el día en que descubrió por casualidad que sus viejos compueblanos,

emigrantes como él, enviaban dinero a sus espaldas para cooperar con el régimen que oprimía al pueblo italiano. Como un toro desbocado tiró todo a su paso, y sin decir palabra ni mirar atrás, salió a la calle buscando una bocanada de aire limpio y, pese a tener una familia que mantener, nunca más regresó, porque la libertad de no convivir con aquellos schifosi fascistas a los que maldijo el resto de sus días, valía tanto como sus principios.

Aquella tarde, al acerarnos al odiado local, cruzó la calzada para caminar por la acera de enfrente porque había jurado que mientras viviera jamás volvería a pisarla, pidiéndome que le prometiera que yo tampoco sería cómplice de tal hedionda canalla.

- ¡Levantate, pedazo de mierda y vení conmigo!!! - Como pude intenté incorporarme, mientras el soldado me tironeaba por los jirones del cuello de la camisa. Salimos al patio del cuartel bajo la llovizna, rumbo a los interminables meses de oscuridad e incomunicación.

Mucho tiempo después vino un juez que según dijeron iba a condenarnos. Era un viejo ex jefe de policía del pueblo, famoso porque atropellaba a cuanto muchacho llevara el cabello más largo que el cuello de la camisa. Los prendía para que les raparan la cabeza y luego de ponerlos a limpiar las letrinas de los calabozos, ordenaba que los largaran a la calle bajo la chacota de los milicos de la guardia de la comisaría que les gritaban: - Maricones, ahora vayan a llorar debajo de la pollera de mamita -

Apenas amaneció, nos hicieron parar en fila junto a una pared de la cancha de pelota vasca, custodiados por una decena de soldados armados con metralletas.

Contra un cielo neblinoso, apareció en lo alto de la escalera, la figura del comandante, envuelto en un grueso capote verde, que me recordó a la siniestra figura del jefe de los schifosos de mi infancia. Tuvimos que soportar una interminable arenga acompañada de gritos e insultos, con la que pretendía humillarnos. Recuerdo vagamente que dijo que éramos delincuentes traidores a la patria, agregando que habíamos mancillado la sagrada enseña – señalando una bandera que ondeaba en lo alto de un mástil -. No retuve nada más de lo que dijo, porque seguía con la mirada los giros de una golondrina bajo el sol que con timidez, intentaba aparecer entre las nubes, más allá de los muros del cuartel.

Un subalterno (siempre fui incapaz de reconocer las jerarquías, para

mí eran todos milicos) dijo que iban a raparnos la cabeza, que luego nos bañáramos y nos pusiéramos lo mejor que tuviéramos, entre las pocas ropas que nos permitían recibir de afuera. Un compañero, con la cara mojada por los lagrimones me dijo bajito que esa tarde, después de tantos meses de incomunicación, nos permitirían ver a nuestros familiares.

Por un estrecho pasillo, nos bajaron a un sótano que tenía ventanucas a nivel de la calle. Por ellas ingresaba la vida, en las conversaciones entremezcladas con las risas y los correteos de algunos gurises que no contenían su ansiedad en una cola que se hacía demasiado larga para el deseo de ver a sus padres. Nos hicieron sentar contra la pared, en bancos de madera traídos de la guardia, detrás de mesas tan anchas que impedían el abrazo, o el contacto cálido de las manos. Nos advirtieron que estaba prohibido evidenciar emociones, mucho menos contar detalles de lo que vivíamos allí.

Cuando mi madre me vio, comprendí lo lamentable de mi estado, porque intentó sollozar; fue entonces cuando mi viejo la sostuvo por un brazo murmurando con severidad que ese no era el lugar apropiado para llorar. Después inspiró con profundidad, y mirándome a los ojos dijo como para ser oído por el oficial de guardia y los soldados:

- Estoy orgulloso de ti, no serás mi hijo si no estuvieras aquí!
Y no habló más.

Años después supe que durante la espera, mi viejo se encontró en la cola con su patricio fascista, quien acompañaba a su hija que, llorosa, aguardaba para ver a su marido preso en el mismo cuartel. Con timidez se le aproximó para saludarlo. Mi viejo lo miró a la cara y después de un obstinado silencio sentenció. - Va bene, allora la vida te estará enseñando que gente como vos, que traiciona a los suyos por schifosos come questi maiali, acaba llorando como ahora llora la tua povera figlia -.

Mi viejo murió hace ya muchos años. Estuve a su lado hasta que expiró. Mantuvo su promesa, jamás pisó la vereda de los fascistas que habían traicionado su amistad. No recuerdo si le dije en algún momento en que aún permanecía lúcido, que estaba orgulloso de él, porque no sería mi padre si no hubiera mantenido la dignidad de sus principios.

Muchas veces siento la grata nostalgia de su cálida y generosa sombra de roble, bajo la cual crecimos aprendiendo cómo proceder para llegar a ser algún día “hombres filtrados “ por la vida, como él.

El viejo camión detuvo la marcha bien cerquita del tablado. Los gurises en bandada fueron los primeros en arrimarse a recibirlos. Los murguistas y allegados, con ágiles saltitos descendían del camión, dando inicio al colorido ritual repetido noche a noche en la clásica fiesta de febrero. Muchos vecinos se acercaron al tablado respondiendo felices al llamado de dios Momo y a la hermosa noche veraniega. Los murguistas y su “corte” se movían nerviosos, algunos comentaban la actuación en Pando, donde habían debutado unas horas antes. De acuerdo a sus modestas ambiciones, podía considerarse un éxito el debut pandense donde todo transcurrió sin mayores sobresaltos, disimulándose bastante bien los nervios y la ansiedad contenida de aquel grupo de aficionados entusiastas. Mientras el animador del tablado de Toledo entretenía al público, la murga repasaba los últimos detalles previos a la actuación. Todo transcurría en un clima de equilibrada tensión, algo normal en esas circunstancias. De pronto se rompió la magia de aquel especial momento: *¡A ver che, que alguien avise, hay unos milicos buscando al director de la murga!* - El anuncio del Eduardo apagó los rumores por un instante... *Ya voy, ya escuché*, respondió el director, acercándose despacio, - *Bueno, tranquilo Edu ¿Qué pasa?* - Le preguntó. *Ahí, te buscan tres milicos, quieren hablar contigo...* - Contestó el Edu preocupado. - *Vamos a ver que pasa.* - Dijo el director y arrancó con decisión... - *Pará que te acompañe.* Terció Roberto - *No vas a ir solo...* - Allá salieron dos o tres con el director, al encuentro de los agentes de la ley. - *Buenas noches, buenas...* - Después de los saludos de rigor el director tomó la iniciativa. - *Yo soy el director de la murga, ¿querían hablar conmigo?* - *Mucho gusto señor yo soy el comisario de esta seccional y tengo algo importante que comunicarle... voy a ser breve y claro.* - *Adelante, lo escuchamos con atención.* - dijo el director poniendo cara de póker. El jefe siguió: *hace un rato nos llegó un comunicado informando que hay una canción*

de la murga que fue prohibida, y por lo tanto tendrán que eliminarla del repertorio... Se trata de unos marcianos y una parejita, o algo así... ¿Puede ser? Sí – contestó el director. Tenemos una letra con algo así, pero esto es muy raro, hace más de un mes que mandamos todas las letras a Canelones, a Jefatura, como indica la ordenanza. Tuvimos que hacer algunos cambios... pero después que corregimos nos dieron la autorización. No entiendo... tiene que haber un error – murmuró el director. – Podría ser, sí – dijo el comisario moviendo la cabeza afirmativamente – A mi también me resultó un poco extraño... pero yo desde acá no puedo aclararle nada. Un incómodo y espeso silencio siguió a las últimas palabras del Comisario – Miren muchachos –retomó el jefe - Vamos a hacer una cosa, acá pueden cantar lo que quieran, conmigo no hay problema, nunca me enteré de nada, ¿entienden? - ¡Sí! ¡sí, claro! – Respondieron el director y el resto de la barra que de a poco se había ido arrimando a la conversación. – Eso sí, saliendo de Toledo yo no tengo más nada que ver – Advirtió con tono firme el jefe - ¿Ustedes tienen otra actuación después de acá? – Preguntó seguidamente. – Si, acá cerquita, en el Sauce, nuestro pueblo, Allí terminamos la gira. –Respondió el director. – Bueno muchachos, piensen bien lo que van a hacer, yo sé por qué se los digo. – Sentenció con cierto tonito misterioso, para rematar – Bueno aquí terminamos, no los molesto más, buenas noches. Hablar de estupor para describir el ambiente que quedó luego del saludo del comisario, sería tal vez, lo más cercano a la realidad, pero el cruce de miradas, la maraña de pensamientos y sentimientos encontrados, el espeso microclima que invadió el lugar, eso sería imposible de describir. Roberto, como siempre, fue el primero en reaccionar – Bueno muchachos, ya casi tenemos que subir ¿Qué les parece si nos concentramos en la actuación y después, con calma vemos lo otro? La propuesta recibió una aceptación general y silenciosa, después cada uno se concentró como pudo en los detalles de la preparación. La actuación en Toledo no salió mal. La gente disfrutó y aplaudió con generosidad a la humilde murga amateur, pero en las cabezas del primero al último de los integrantes y allegados seguía resonando, machaconamente, lo dicho hacía poco

rato por el comisario... - *¡Vamos muchachos que llegamos tarde al pueblo!* – El vozarrón de Collazo, el camionero, interrumpió los corrillos informales que se armaron naturalmente después de lo ocurrido y sobre todo... por lo que iba a ocurrir... La marcha camión parecía más bien la marcha fúnebre y el run run del viejo motor gasolero hacía más pesado el ambiente todavía. El director agarró la posta: *Miren muchachos, hay que tomar algunas decisiones antes de llegar al pueblo y ustedes saben que podrían acarrear serias consecuencias para algunos de nosotros. Por eso quiero pedirles que escuchen primero mi opinión.* Como nadie se negó continuó – *El comisario del pueblo me la tiene jurada. Desde que llegó me ha hecho la vida a cuadritos, se ve que en su cabecita reaccionaria, los tipos marcados políticamente como yo y todo su entorno somos una plaga a exterminar. Este asunto de la letra del cuplé es un invento ridículo para amargarnos la noche, si puede, meterme en cana de nuevo. Esta actuación de hoy en el pueblo es la culminación de un lindo sueño largamente esperado, por eso la posibilidad de no actuar ni siquiera la considero. Así que las opciones son bastante claras: cantar o no cantar el cuplé... por mi implicancia en el tema, creo que la decisión la tienen que tomar ustedes, democráticamente pero sin mi participación. Yo voy a aceptar lo que decidan como uno más que soy en este grupo.* Para el director y muchos de los más veteranos de la murga, ese viaje de 15 km. fue seguramente el más largo que recuerden. La plaza del pueblo estaba desbordada de gente. Se veía como pocas veces. Solamente los 19 de Junio podía lucir como aquella noche. Collazo estacionó el camión a una cuadra de la plaza – *Para estudiar el panorama* – le dijo a Roberto – *Vos quedate acá, dejá que yo voy a pispear como está la cosa.* Y arrancó para la plaza. Al poco rato volvió bastante agitado y dijo – *Hay que bajar en silencio y llegar rápido al tablado, después vemos...* Mucha gente sabía lo que estaba pasando porque, aunque entonces no había celulares, algunos emisarios habían adelantado las noticias. La murga bajó silenciosa del camión y se acercó rápidamente a la multitud que le fue abriendo paso hacia el tablado. Varios policías apostados al lado del tablado, cerca de la escalerita de subida, no la tenían fácil. La gente se acercaba presionando,

en constante agitación, casi como en la Amsterdam durante un clásico. La batea y parte del coro se arrimó al tablado, instalándose pegados a la escalerita donde estaban los policías. Los demás se ubicaron en el otro extremo. El resto de la jugada fue increíblemente rápido y coordinado. Mientras los polis nerviosos preguntaban por el Director, éste no aparecía por ningún lado. El animador anunciaba la actuación, la gente aclamaba y aplaudía... Y de pronto sucedió... - *¡Buenas noches tengan todoooooos, saludando de este modo nos queremos presentaaa!* Era el saludo de presentación de la murga llenando el aire de quella noche inolvidable. La suerte estaba echada, siguieron de largo entregando a su querido pueblo todo el repertorio, sin censura, bajo una lluvia de aplausos. Ahí estaba **La Flamante** aclamada por su 'pueblo, en todo su esplendor y con director incluido... - *Ya la murga dice adioos con un nudo en la garganta; porque al partir va muriendooo la alegría del que cantaaa...* Y así, con las estrofas conmovedoras de la retirada llegó el final de la actuación. Pasada la euforia volvió la tensión, había que bajar del tablado y encarar a la autoridad.

Si bien a los polis "no les dio la nafta" para cortar el espectáculo, estaban muy nerviosos y querían al Director a toda costa. Roberto y los más veteranos los rodearon y le preguntaban por el motivo, pero los milicos no querían decir nada -*"tenemos órdenes de llevarlo a la comisaría, allá le van a explicar"* - dijo uno de los agentes, a lo cual Roberto respondió -*Bueno, entonces vamos todos -¿Toda la murga?* Preguntó el milico preocupado -*Me parece que todo el pueblo, agente.* Fue la socarrona respuesta. Y allá marcharon, pueblo y murgueros en una insólita e improvisada marcha de cuatro cuadras hasta la comisaría. Una vez en la Seccional, luego de un momento se presentó un oficial como el encargado de la comisaría, saludó y preguntó por el responsable de la murga. -*Responsables somos todos* - Respondió Roberto al toque - *Bueno, el Director quise decir* - Apuró el encargado - *El Director musical y letrista es el compañero acá* - *Mucho gusto oficial ¿De qué se trata todo esto?* - Preguntó el Director un poco agrandadito. El oficial lo miró y dijo - *¡Ahh!, ¡Qué tall!, ¿Otra vez por acá...? Mire, el tema es el siguiente,*

hoy nos llegó una circular de jefatura prohibiendo una de las canciones del repertorio de la murga esa de ustedes y nosotros tenemos que citar al responsable para informarle del asunto. Como ustedes cantaron hoy aquí esa letra prohibida, cometieron un delito y el responsable tendrá que hacerse cargo... El Director muy caliente, amagó a responder pero Roberto lo fulminó con la mirada. Después, muy tranquilo, le dijo al oficial: - *Discúlpeme encargado, con todo respeto ¿Podría usted explicarme cómo puede alguien ser culpable de no cumplir una ordenanza que nunca recibió? Y completó – Si los agentes en la plaza nos hubiesen dicho de qué se trataba todo esto, nos habríamos ahorrado las molestias, ¿No le parece? – Bueno... Visto de esa manera...* - balbuceó el encargado. Luego caminó unos pasos hacia la ventana, se detuvo un momento y tomando una planilla del escritorio preguntó, - *¿Quién me firma por acá?... Es la constancia nada más...* - *Con mucho gusto encargado –* dijo acercándose sonriente el Director – *mi firma ya la conoce.*

Mi nombre es Carmela y el de mi compañero era Marcos. Nos conocimos en el año 1966, nos casamos el 24 marzo de 1972, a 87 días de que se declarara el “Estado de Guerra interno”. Yo de 22 años y él de 28 años. Éramos distintos. Él carpintero, yo vendedora. Él muy tranquilo, metódico y con mucha paciencia. Yo, todo lo contrario: impulsiva, mucho carácter y nada de paciencia... *Tenés que educar la paciencia*, me decía. Supimos conciliar diferencias y nos enamoramos enseguida. Él con su madurez, yo con mi inconsciencia. Éramos del Frente Amplio. Yo no militaba, él era del Movimiento de Liberación Nacional en Melo. Sabía de su militancia, pero por arriba, pero tenía muy claro que si lo veía en la calle y él no me saludaba, no me debía acercar. Tres meses después, Marcos fue detenido en casa por el Ejército. Días antes me mandó a Melo, contra mi voluntad, para el cumpleaños de su hermana. Él sabía que lo podían venir a buscar. Allí comenzó mi Odisea, como la de tantos uruguayos, al no saber en qué cuartel estaba recluido. Estaba desaparecido. Fueron meses de incertidumbre, recorriendo unidades militares para saber de Marcos. Le dejábamos ropa, aunque no supiéramos si llegaba. Finalmente, en diciembre fue procesado y le permitieron tener visita. A la primera fueron sus dos hermanos. Lo tenían en el Regimiento 8 de Caballería en Melo, de donde Marcos era oriundo, a 400 km de Montevideo donde vivíamos. Yo ya estaba embarazada de un mes cuando Marcos fue detenido. Sufrí complicaciones en el embarazo y debí hacer quietud absoluta durante tres meses. Mi madre llevaba y levantaba las cartas en los cuarteles. Recién lo pude visitar el 6 de enero de 1973, siete meses después de su detención y con ocho meses de embarazo. Las visitas eran en el propio cuartel, solo los domingos y apenas de una hora. Nos hacían entrar a una habitación grande, de cuatro metros de lado, donde había instalados dos tejidos en forma de “L” que atravesaban la habitación para que los presos no pudieran tocar a sus familias. Lo que no impedía el alambrado, lo prohibían los soldados de la custodia que siempre estaban atentos a nuestros movimientos. Con Marcos nos la ingeniamos y empujábamos el tejido doble para poder, aunque sea, tocarnos los dedos.

El 7 de febrero de 1973 en el Sanatorio de Obreras y Empleadas por Asignación Familiar nació nuestra hija Inés. Supe ese día lo que era ser discriminada y maltratada por una partera joven, amargada, a favor de lo que pasaba en el país. Saber que yo era la esposa de un preso político pareció enojarla. La mujer me gritaba mientras me atendía en el parto, que *¿para qué Marcos se había metido a pelear cuando siempre hubo pobres y ricos? “ Había sido muy inconsciente haberme dejado embarazada”*. La situación dolió tanto como lo que sufría el país con la insurrección del Ejército y la Fuerza Aérea, con la Marina acuartelada en la Ciudad Vieja y, finalmente, con los militares imponiendo un Consejo de Seguridad Nacional (COSENA) al que el Presidente Juan María Bordaberry terminó uniéndose para, pocos meses después, terminar de dar un golpe de Estado. A fines de febrero de 1973, viajamos a Melo para que Marcos conociera a su hija Inés, que no tenía ni un mes de nacida. El sargento de guardia, un hombre cuarentón, hosco, de pocas palabras, nos dijo que sólo podía mirar a su hija a través del tejido. Sentía rabia e impotencia porque le negaran a Marcos algo tan humano como tener a su hija en brazos. Una vez, cuando Inés ya tendría unos 12 meses, me di “manija” durante el viaje y cuando entré al cuartel pedí por el oficial de guardia para reclamar que le permitieran a Marcos estar con Inés. Argumenté mucho y al final le pregunté: *-¿Usted es padre?-,* me dijo que sí y le contesté. *¡Qué suerte que pudo tener a su hijo en brazos!, Marcos no...* Me miró y dijo. *“Entre a la visita que pregunto”...* Entramos tarde, esperando al sargento. Marcos estaba preocupado, pero cuando le dije que peleaba para que estuviera con Inés, le brillaron los ojos y quedó mudo... Al final, lo autorizaron y fue un momento de felicidad para Marcos sentir a Inés con él, casi que no hablamos más en la visita. Él reía, se le llenaban los ojos de lágrimas y solo decía: Es preciosa. Los otros detenidos también pudieron estar con Inés en la visita aquel día. La abrazaban, la besaban y todos estábamos muy emocionados. Cada quince días viajábamos para verlo. Los domingos que yo no iba, lo visitaba la hermana que vivía en Melo o el hermano mayor que viajaba cada tanto desde Montevideo. La parte económica era un factor importante.

Yo no podía viajar cada semana. La ONDA jugó un papel fundamental para los familiares. En la Gerencia arreglaron ponerme en una lista como si fuera telefonista de UTE. Eso me permitía viajar con el 50% de

descuento en el pasaje. Para cubrir los costos compraba 10 kg de yerba en la frontera y luego los vendía. Así podíamos ir a ver a Marcos sin tener que usar el dinero de mi sueldo. El gerente de la Agencia de ONDA de Melo abría la oficina a las 6 de la mañana solo para los familiares que llegábamos a una visita que recién comenzaba a las 9 horas. Los guardas y choferes fueron muy solidarios en varias situaciones, como cuando hubo roturas en los ómnibus. Una vez, el coche se rompió y nos pidieron otro, desde Minas llamaron a Melo para que avisaran al cuartel que llegábamos tarde a la visita. Esperamos una hora la respuesta y no nos dejaron verlos. Nos volvimos a Montevideo hasta el siguiente fin de semana. El cuartel quedaba en las afueras de Melo y una familia amiga nos llevaba hasta la puerta. Era muy valiosa esa solidaridad.

En agosto de 1974, Marcos descubrió unas heridas en la pantorrilla de la pierna derecha. El médico del cuartel le recetó "*Aspirinas*", pero las heridas, lejos de mejorar, se agrandaban. En noviembre fue trasladado al Penal de Libertad. Allí lo vio un compañero preso que era médico dermatólogo, el Dr. Jesuele, quien atendía a los detenidos. Le hizo una biopsia que mandó analizar al Hospital Militar. Como no le respondieron, insistió y envió otra biopsia. Ahí sí contestaron: "*Mal de Hansen*", le dijeron. Era Lepra. Se pidió que lo internasen, pero el hospital dijo que no tenían donde atenderlo. Marcos terminó aislado. Lo hicieron recorrer varios sectores del penal, por su condición de "leproso". Al final, lo trasladaron al 4° piso en una celda que pudo compartir con su hermano.

Al principio, semejante diagnóstico se manejó con reserva, pero después se valoró que Marcos corría riesgos de desaparecer. Podían trasladarlo a algún Cuartel sin que lo supiéramos, con las consecuencias que eso podía implicar, la falta de asistencia y demás. Se hizo una campaña para hacerlo público, que había un caso de Lepra en el Penal de Libertad y que se supiera en el exterior. Necesitaba medicación que no era fácil de encontrar en Montevideo.

Solo había en algunos departamentos del litoral. Volvimos a recurrir a la ONDA. Las agencias de Artigas o Salto consiguieron el medicamento y lo mandaban con el Guarda a Montevideo. Yo sólo pagué el costo del remedio, no me cobraron el envío. Los médicos del Penal nos aconsejaron a Inés y a mi hacernos exámenes para saber si teníamos defensas para la lepra. En el Hospital de Clínicas nos atendió el Doctor Margounato,

que era especialista en piel y especialista del Instituto Hanseniano. Este médico siempre fue muy arrogante y prepotente al tratarnos. Margounato quería saber por qué nos habían mandado hacer esos exámenes. Cuando le expliqué que nos lo recomendaron desde el Penal de Libertad, donde incluso se estaba tramitando la libertad de Marcos, le dio un ataque de furia. Me dijo que mi marido era un delincuente y la lepra no era impedimento para cumplir su pena. A Marcos lo terminaron condenando por “Atentado a la Constitución” en el grado de conspiración, seguido de “actos preparatorios”. Le dieron una sentencia de 4 años de cárcel, pero no le permitieron ir al juzgado. El actuario fue al Penal. Nosotros contratamos el taxi de un amigo de mi padre. No queríamos que quedara ningún auto privado registrado. Y el pueblo uruguayo otra vez mostró su solidaridad: las empleadas de la Farmacia San Roque de la calle 18 de Julio y Paraguay hicieron una colecta para ayudarme a pagar el taxímetro. El 19 de octubre de 1975 me llamaron a mi trabajo. Me dijeron que llevara ropas, que Marcos tenía la libertad. A los 10 minutos me llamaron de vuelta y me dijeron que no fuera porque se equivocaron de recluso. Al otro día, me llamaron nuevamente y le llevé la ropa. El día 22 le daban la libertad. No nos dijeron a dónde lo trasladaban y les dije que Marcos sería ingresado en el Instituto de Higiene en Montevideo para su tratamiento. Ese día fuimos a esperarlo al Instituto de Higiene. Pasaron las horas, pero nadie sabía nada. Marcos se comunica con mi trabajo y les avisa que está en el Instituto Hanseniano. Le habían hecho exámenes para ver su grado de contagio. Las heridas en la pierna estaban cerradas y no tenía contagio. Lo dejaron venir a casa. Allí comienza otra etapa. Cuando me enteré de lo que tiene Marcos, busqué información en la Biblioteca Nacional y lo que vi en las fotos de las enciclopedias médicas, lejos de tranquilizarme, me dejaron peor, porque comprendí cuál era el futuro de la enfermedad.

Aun así, no me produjo rechazo; al contrario, lo apoyé en todo para que no se sintiera rechazado. Cuando llegó a casa, le pedí que me mostrara las heridas, como una forma de demostrarle que no le tenía miedo al contagio y él, sorprendido, me preguntó *¿Querés verlas?...* Cuando las vi, me empecé a reír, porque no tenían nada que ver con lo que había visto en los libros, eran tres cascaritas mínimas. Él me dijo *“¿Qué pensabas encontrar, qué estuviste viendo?”* y le conté. Nos

reímos juntos. Tuvo mucho apoyo de la mayoría de la familia y eso fue fundamental para su recuperación. Nunca se sintió rechazado. Al otro día se tenía que presentar para su tratamiento. Fue al Instituto de Higiene y los doctores Burgoa y Scorza eran los que lo iban a atender. Burgoa le comunicó a Rosen del Instituto Hanseniano que Marcos haría su tratamiento en el Instituto de Higiene. No les gustó nada esa decisión. Pero al mes, Marcos comenzó a hacer fiebre alta. Tenía manchas en la piel y una gran inflamación en los ganglios, que no le permitía cerrar las piernas ni los brazos. Fue internado en el Instituto de Higiene. Burgoa se contactó con el Instituto Hanseniano, pero Rosen dijo que ya que Marcos eligió atenderse en el Instituto de Higiene, el Hanseniano no lo iba a atender. La medicación que necesitaban para sacarlo de esa crisis era talidomida, un fármaco que sólo se manejaba en el entorno de “*La Orden de los Caballeros de Malta*”. En Uruguay sólo la recibía y administraba el Hanseniano. Ante tal acto de impunidad de parte de los médicos, en el Instituto de Higiene decidieron medicarle prednisona. Marcos reaccionó enseguida a ese medicamento y mejoró. Burgoa y Rosen, llegaron a un acuerdo. Marcos iría al Hanseniano con una dosis mínima de cortisona y le darían talidomida hasta tenerlo controlado. A partir de allí, se siguió atendiendo en el Hanseniano, donde comenzó otra persecución, maltrato y hostigamiento de parte de Margounato y Rosen. A tal extremo que una vez, cuando Marcos esperaba que lo atendieran, llegó Rosen y le dijo a la recepcionista: *Si éste no tiene plata para pagar la consulta, no se le atiende*. Los exámenes de control y exudado de nariz se los hacían de una forma que producía mucho dolor. Marcos se quejó y tanto Rosen como Margounato le decían: *Usted recibió más en la tortura, aguante*. Luego salió un nuevo medicamento llamado lamprene.

Era muy costoso y no lo daban. El Instituto se enteró que lo compramos y dijeron que el terrorismo comunista del exilio nos debía estar ayudando, que nosotros no teníamos ese dinero para comprarlo y que habíamos comprado varios frascos. Nunca sabíamos, cuando iba a la consulta, cómo podía terminar. El grado de maltrato que recibía era enorme y lo amenazaban con mandarlo de vuelta al Penal. El lamprene tenía una contraindicación: que provocaba manchas en la piel. Son manchas oscuras, como si se hubiera tomado sol. A Marcos no le pasó nada de eso, pero Rosen y Margounato lo hostigaban. No creían que estaba tomando el

medicamento. Me preguntaban si yo veía que se lo ponía en la boca y se lo tragaba. Le decían despectivamente que lo iban a llevar a un congreso médico por la rareza de no tener manchas en la piel. Marcos cuando se recuperó, pudo trabajar en la misma carpintería en la que estaba cuando fue detenido. El dueño valoraba más las capacidades de Marcos que su condición de “subversivo”. En diciembre de 1979, Marcos hizo un cuadro fuerte. Como la primera vez, con fiebre muy alta, ganglios inflamados y manchas en la piel. Le negaron la talidomida. *Tomá aspirina para la fiebre y arreglate como puedas*, le dijeron. La solidaridad florecía en esos momentos difíciles. Los propios pacientes del Instituto Hanseniano le dieron la talidomida. Marcos no quería irse de Uruguay, pero la situación no daba para más. En febrero de 1980 nos refugiamos en Brasil. En abril llegamos a Suecia. El médico que lo atendió, se fue tres meses a África, a un leproario, para aprender y tratar a Marcos como correspondía. En el año 1984 Marcos fue considerado sano y dado de alta, sin tomar más medicamentos. En marzo de 1985 nació nuestra segunda hija, Macarena. Marcos pudo disfrutar todo el proceso de embarazo y parto, algo que no había vivido con Inés. Durante los años en Suecia se pudo integrar al mercado laboral, hizo distintos trabajos, no como carpintero, sino de chofer profesional de bus, algo que le gustaba mucho. Estuvimos 43 años juntos, enfrentando desafíos de todo tipo. Juntos superamos la represión, la detención, la desaparición, la cárcel, el maltrato médico y a la propia lepra. Hasta diciembre de 2014, cuando surgió un desafío más cruel. Una nueva lucha de salud. Esta vez más complicada. Cáncer de colon. Esta batalla se perdió y el 19 de julio de 2015, Marcos falleció en Piriápolis donde vivimos desde que regresamos a Uruguay.

Con mis hijas, queremos con este testimonio cumplir el deseo de Marcos: que se sepa todo lo que le tocó vivir: el trato inhumano de sus carceleros, el maltrato físico y psíquico por parte de esos otros señores con títulos de médico. Lo que nunca lograron fue doblegarle el sentido de justicia y de luchar por lo que se cree. Algo que logró transmitirles a nuestras hijas

*Marcos . Carlos Antonio, Jorge Rodriguez
Carmela. Carmen Ferrin ,esposa
Ines ,Carla Ines Jorge ferrin hija
Macarena. Lorena Jorge Ferrin*

El olor del queso que llevaba el abuelo en el ómnibus, mezclado con los olores de los otros quesos que llevaban otros abuelos, madres, padres, hijos y más...Mucho sueño, y el orgullo de estar despierto cuando aún era de noche en Avenida del Libertador... Solo recuerdo que hacía frío, no recuerdo madrugadas calurosas. Un tándem de sillas contra la pared y yo incómodo recostado contra algún abuelo, o madre u otro, y el olor a mucha gente encerrada. El salón de la Cita repleto...

¿Por dónde empezar? Saltan iracundos por doquier, olores, imágenes, dolores, enormes alegrías, orgullos, y muchas madres, y abuelos, y gurisitos como yo, como mis hermanas, miles de pequeñitas gigantescas historias que hoy la Democracia sonrojada exige contar. Como homenaje sí, como memoria también, pero primero y principal como ¡Nunca Más!

Yo soy cinco meses más viejo que la dictadura. Pero mucho más bueno. Tengo la percepción, sin ningún argumento, que mi edad me favoreció en la coyuntura. Fue peor para los más grandes, que eran más conscientes, y para los más chicos, que eran más inconscientes. No sé. Pero bueno, este cuento un día tiene que terminar, como terminó un día (mentira, terminó muchos días) la dictadura de m...de militares y otros digo, entonces, vamos a acotar. Vamos a las visitas.

La previa

Nosotros ya no éramos de Montevideo, porque primero nos fuimos los tres solos, con abuelos y tíos a Tacuarembó, la chica con un año, los otros dos un poquito más, cuando Mamá también cayó.

Mamá salió y volvimos a Montevideo, y a la Ruta 5 y los ómnibus estaban muy presentes en nosotros. Íbamos, y veníamos. Al año, sola, sin título, casi sin trabajo y con tres boquititas que alimentar, mamá se tuvo que ir con los tres a Tacuarembó.

Nuestras visitas (en la práctica digo, porque en mi cabeza empezaban al subir al ómnibus cada vez que terminaba la anterior) empezaban uno o dos días antes. Mamá tenía libertad condicional. Entonces teníamos que

pedir autorización antes en el cuartel local. Está a dos o tres kilómetros de la ciudad, por lo que íbamos en taxi. En un pueblo del interior en esa época no era muy común andar en taxi, así que ahí ya empezaba la aventura. A la noche tomábamos la Onda. Los olores eran parecidos pero no iguales a los de la Cita. Y el ruido de los General Motors era mucho más lindo que el de los otros. Bajábamos a veces en plaza Cuba. ...Después de la tormenta, por mucho tiempo, hasta que los ómnibus dejaron de entrar a Montevideo por Agraciada, hace poco tiempo, cada vez que volví a la capital me despertaba ahí, aunque no para bajar. Mi sueño de cinco horas de viaje se interrumpía bruscamente ahí. Marcas de la memoria podría decirse... Bajábamos ahí de madrugada para enganchar otro ómnibus o un taxi hacia alguno de los cuarteles montevideanos. También allí tenía que presentarse Mamá. Todos con árboles de patas blancas, con bastante olor a cuartel. El que era el colmo de lo feo era el que queda frente al cementerio del norte. Una esquina con un cuartel, un cementerio, marmolerías y florerías con flores con olor a cementerio, un despropósito de esquina. Lo único positivo era que el quiosquito precario y húmedo de la parada tenía Candel.

A veces mechábamos mandados de Mamá, que siempre eran muchos y muy lejos para mí, bien bautizado "Juan Cansado" por mi abuelo, y alguna visita obligada (obligada por el corazón) a esa gente que siempre estuvo, en sus casas los años de la noche parecían menos oscuros. Y también salía algún paseo. El día de Mamá siempre tuvo bastante más de veinticuatro horas.

El día de la visita

Y más tarde de lo que yo quisiera, pero llegaba el día de la visita. Saltábamos de la cama, de noche aún, como ya conté. Era un orgullo estar levantado cuando aún era de noche.

En la Cita nos encontrábamos con el abuelo, y con otros abuelos, y madres y más.

Esa era la gente que andaba en lo mismo que nosotros. En nuestro círculo en Tacuarembó éramos bicho raro, padre preso, ¿qué entenderían los otros niños? ¿a quién habría robado el padre de este amigo?. Pero acá éramos todos pares. Las familias de los presos políticos.

El control de ingreso

Como en la mayor parte de esta historia dramática, tampoco recuerdo como drama la “revisación”. Tal vez por aquello de la edad que les decía más temprano. Se repite en toda la escena, nosotros los niños vivíamos “casi” como normales, las miserias que nuestros mayores padecieron todo el tiempo.

Una de las revisadoras de mujeres y niños, tenía parientes en Tacuarembó. En ese momento nada me decía su cara. Muchos años después, en un cumpleaños de quince, la volví a ver. No sé si era ella o su melliza, pero su imagen me hizo llorar un largo rato esa noche. Nada concreto, imagen-ganas de llorar.

Otra vez, no me dejaron pasar. Fui con un bucito que heredé usado de un primo mayor. Decía “Nike” y tenía una onda parecida al palito de la eñe abajo. Podría tener un mensaje SS: subliminal y subversivo.- Para atrás niño. Venga dentro de un mes.

Me recordó el caso de Milay, la niña que les metió camuflada entre las hojas de los árboles una bandada entera de pájaros libertarios subversivos. Una “Crac” de aquellas, Milay. Lo mío no era más que un buzo heredado que ni yo entendía. A llorar al cuartito.

La espera

Desde que llegábamos al Penal, hasta llegar al objetivo, pasaba siempre mucho rato. ¡Cuánto más parecía, en cuerpo y mente inquietos de un niño ansioso!

Un primer control a la entrada, otro al medio, largas caminatas adentro, la ya mentada revisión, hasta llegar al lugar de la espera. Una pieza grande, con un cuadro al centro y una leyenda, que reflejaba el carácter de víctima del Ejército de la época. El cuadro, la leyenda, los bancos incómodos y pocos, y el olor. Todo lo demás sería llevadero sin el olor.

Antes de esa pieza, un patio. Bastante grande y vacío de todo contenido. Un par de bancos, unos fierros pasamanos, era todo. Cuando no llovía los niños hacíamos la espera ahí. El juego por excelencia era “El Cartero”. Cada sílaba del nombre del origen de la carta generaba un paso, y cuantos más pasos mejor. Las selladas eran “Gro-en-lan-dia” o “Nue-va- Ze-lan-da”. Lástima no haber conocido en esa época, el “Pa-so-

del-Po-tre-ro-de-A-re-run-guá”

Una puerta que se abría poco seguido y poco abierta, conducía al lugar de las visitas de adultos. Siempre quise mirar para ahí, pero vi poco. Supe que tenía unos vidrios gruesísimos que separaban al visitado del visitante.

La Visita

Y allá a las cansadas, llegaba aquello que yo venía esperando hacía un mes. Para lo que venía de ómnibus en ómnibus desde hacía dos días.

Más pasillos olorosos, más botas, mucho orden y filas, hasta llegar al patio. ¡Por fin!

A lo lejos, veíamos venir una larga fila de palitos grises con un puntito blanco arriba. Daban chiquicentas vueltas con unos puntos verdes delante, detrás y a sus lados.

Se acercaban. La ansiedad era incontrolable. Cada cual a reconocer al suyo. La tarea se dificultaba porque eran todos muy parecidos. Grises, flacos, pelados, medio encorvados, con las manos atrás...

¡Por fin! El contacto físico era lo máximo para nosotros. No me quiero imaginar lo que sería para los palitos grises, no, no quiero. El mío era el 2075. Mío, de mi hermana mayor que lo adoraba tanto o más que yo, era dos años mayor. Sentía más, veía más, soñaba más y le dolía más; y de mi hermana menor, para la que él era un desconocido, estaba ella en la panza cuando él cayó.

Iba a verlo cada tanto, porque le venía fiebre casi siempre cuando se acercaba la fecha de la visita. No quiero imaginarme su sentir, el de Mamá, y el del palito, no, no quiero.

Volviendo a lo lindo, era un momento mágico. Nos sentábamos en un banco, nos tocábamos, charlábamos, nos hacía mil preguntas y orgullosos las contestábamos a todas. Yo le tocaba la bocha y me hacía pinchar la palma de la mano con ella, y le olía el cuero cabelludo. Aún recuerdo ese olor, y los pinchacitos en las manos.

Y es todo cuanto recuerdo, y tal vez cuanto quiero recordar de la visita.

¿La despedida? No recuerdo. No quiero recordarla, no, no quiero.

La vuelta

De la vuelta solo recuerdo el queso, que venía acompañado de Limol, agua, galletitas, largas charlas, compartir con los demás, orgullosos, cuando había algún regalito, las artesanías que hacían los palitos grises. Mimos de abuelos, mamás desarmadas que parecían súper felices, y mucho olor a queso. Y la Cita que pasa el último control y corre por la ruta uno rumbo a la capital. Y el sueño de volver pronto. Y el sueño de pronto no tener que volver.

Y se van

Y un día, estábamos solos Mamá y yo sentados en la Onda, con su olor y el ruido de los General Motors, nuestro coche ya encendido y haciendo una suave marcha atrás, cuando vemos subir a mi primo al ómnibus corriendo. Bajen: Avisaron que lo sueltan.

Y se fueron. Y fuimos nosotros por última vez a Libertad a buscarlo. Y otras mil y una historias de gentes empezaron, otras gentes, no aquellas que separaron muchos años atrás. En nuestro caso, nueve años. Y cada uno a rearmarse como diera, y qué rico que era el queso, y que la peor democracia es mejor que aquello, y qué feo el olor a Cuartel, y que me gusta más la Onda que la Cita, y que ¡nunca, nunca, nunca más!

Y un día llegaron ellos, pisando y pateando fuerte, inexorables como la muerte.

“¿Qué mierda hace mi tío Chiquito a las tres de la madrugada a los pies de mi cama cagándome a gritos para que me levante?”

Obnubilado por telarañas de lagañas y una lamparita de cuarenta watts que lo ciega con la potencia de un reflector interrogador, en acomodando las pupilas y desembotando el juicio logra componer una imagen primaria en la cual el “tío Chiquito” esgrime una calibre cuarenta y cinco que le está embocando directamente a la cabeza.

Hacia su costado izquierdo una negra y brillante nueve milímetros le habla al oído, blandida firmemente por un morocho vestido de saco y corbata, pelo y bigote impecables.

Levántese fuerzasconjuntas repiten ambas machaconamente.

Pesadilla no eessss... demasiado frío y duro se siente el metal contra la sien, y las voces firmes acostumbradas a mandar, no suenan en absoluto difusas.

Se levanta entonces cómo no, faltaba máasss..., escoltado por la 45 y la 9 mm.

Mientras el “tío Chiquito” lo acompaña hasta el rellano de la escalera, (se trata de un operativo en una cooperativa de viviendas por ayuda mutua, del tipo dúplex, dormitorios arriba, cocina, living-comedor en la planta baja)

El morocho impecable interroga como si no supiera:

¿Cuántos en el dormitorio de al lado?

Sólo el hermano de diez años, confiesa prestamente el cagón
-“porfavornolodespierteessolounniño”-.

Pero el morocho haciendo caso omiso a su ruego, se manda impetuosamente al cuarto de al lado haciendo rechinar los goznes de la puerta.

¡Putra madre!, ¿¿¿cuánto hace que sabe que tiene que ponerle

aceite????

Lloverían posteriormente las inevitables especulaciones entre vecinos y familiares acerca de si el morocho habría sufrido o no un ataque de compasión ante el subversivito dormido que cursaba cuarto de primaria.

Pero no.

El tiempo y los compañeros confirmarían que vinieron con el dato exacto.

El hermano dormiría de un tirón hasta las nueve, gracias al batidor, pero por sobre todo gracias a su pesado sueño infantil.

Llegados al rellano, él, la cuarenta y cinco y el “tío Chiquito”, que no lo pierden de vista, un flaco pelo crespo que espera abajo, atravesado por una ametralladora casi de su tamaño, lo re- invita para que descienda.

El flaco ametrallado lo hace acordar a “Murmullo”, aquel personaje que aparecía en la historieta de Dick Tracy, el de la boca retorcida.

Nunca sabrá si debido a un defecto congénito, al odio, o al temor.

En ningún momento lo tocan o lo insultan, ya ni siquiera le gritan; nada más lo siguen apuntando desde cerquita.

En la planta baja ya están el Viejo, resignado, en camiseta y calzoncillos de algodón Industria uruguaya, que para algo era un orgulloso obrero textil, parado, manos arriba, de cara a la pared, piernas separadas y de ñata contra la puerta de chapa de la heladera, está la Vieja.

Decente, en salto de cama, sentadita en una de las banquetas de cármica, de la cocina, asiento convexo con patas de hierro, que no le gustaban porque eran muy frías.

La mirada vidriosa.

Valiente y altanera la uruguaya, no se le cae una lágrima, no se le oye un solo quejido.

Rodeándolos, abundan soldados de la patria pertrechados a guerra, y que a pesar de estar disfrazados de civil, no engañan a nadie, transpiran marcialidad.

¡Cuánto despliegue!

Dan vuelta la casa patas arriba; asombrosamente el inventario posterior mostrará que de lo poco que había no se robaron nada.

Sólo al Viejo.

El morocho impecable vuelve a dar un par de órdenes en voz baja y los milicos se mueven.

A la Vieja le piden, Señora, un pañuelo grande, un repasador también sirve.

Y con el Viejo se va el repasador nuevo vendándole los ojos, ya que no les dio pa' capucha.

Afuera se oyen golpes de puertas de autos que se abren y cierran con cierta violencia.

La última orden es para él y la Vieja.

No deben asomarse ni moverse por diez minutos contando a partir del momento en que la fuerzas conjuntas abandonen la casa.

Un último portazo. Desde la calle les llega el sonido de automóviles encendiendo, ruedas chirriando, perdiéndose en la noche, que vuelve a su normalidad de ladridos de perros insomnes y sirenas lejanas...

El Viejo, premonitoriamente, justo ayer nomás, le había dicho que confiaba en él para hacerse cargo de la familia por si le pasaba "algo".

Todo un honor esa confianza paterna, aunque el "algo" le resultara un tanto exagerado.

¿Qué peligro podría representar para las todopoderosas fuerzas conjuntas un veterano militante sindical de base, sin pertenencia a alguno de los (proscriptos) partidos grandes de izquierda, u organización guerrillera, que simplemente continuaba organizando colectas para otros presos y sus familias?

Pero como la letra por la sangre entra, aprendería que los tiranos, saurios por naturaleza, son dados a devorar todo aquello que los ofenda o teman, por pequeño que sea.

Cuestión de mantenimiento de su especie, de vida o muerte sin duda, según manuales aprendidos.

Y por una cuestión de excesiva confianza, y un sabio manto de ignorancia implementado como reaseguro por el Viejo, pasó solamente de mirón, a protagonista de la más larga maratón uruguaya de resistencia cívica de los tiempos modernos.

Tiempos que arrimarían **múltiples y férreas solidaridades**, nóminas y anónimas, y algunas ausencias que la razón entendería pero los

corazones no.

Tiempos que pondrían a prueba tenacidades e integridades, sometidas a dolores y humillaciones de esas que templan o rompen, de las que marcan para siempre.

Al viejo sindicalista, para sacarle el diablo del cuerpo (que siempre es subversivo) y para que se dejara de colectas y de juntarse con quien no debía, lo desaparecieron tres meses y lo pasaron por la máquina de picar carne como era de estilo.

Luego lo aparecieron y le tiraron en primera instancia el artículo 60.5, "asistencia a la asociación", según el abogado militar,

VEINTICUATRO MESES DE PRISIÓN, EXCARCELABLE.

El fiscal militar (simpático como todo fiscal) pidió cuatro años y un magnánimo juez militar, por las dudas, le encajó siete años de Libertad.

Pero preso, por el artículo 60.6 "asociación para delinquir".

Para ellos también hubo condena.

Siete años presos de Libertad, a razón de comparecer noventa minutos mensuales, cuarenta y cinco, ni uno más ni uno menos (más bien tirando a menos) cada quince días.

No faltaron nunca a la Cita.

Mal que le pese a Quién Corresponda, pongo en su conocimiento, que los ignotos perejiles resistieron.

Y que aún hoy, pese a las notorias desventajas evolutivas, no solamente ustedes siguen multiplicándose porfiadamente...

Atentamente: Familia Perejiles.

Un día de visita común entrábamos en primera instancia l@s mayores, luego los gurises.

Así que el que tenía hijos menores de doce, iba dispuest@ a perderse un jornal completo en el EMR 1-Libertad.

Mientras la mamá habla con su papi por teléfono, a pesar de no tenerlo a más de cincuenta centímetros de distancia, Sandino espera su turno, escarbando, aburrido, en el pequeñísimo patio abierto del locutorio, al cuidado de l@s compañer@s que aún esperamos por nuestra dosis de minutos de conversación.

Quemanda la Gorgona, de manera sorpresiva se le acerca sigilosamente por la espalda.

Se nos ponen los pelos de punta, ya que ambos gozan de una merecida fama de terribles.

- ¿Qué hacés, nene? -, interroga haciéndose pasar por humana

Sandino sin siquiera mirarla y sin dejar de cavar responde:

- NADA, un pocito.-

La sargento, mujer no habituada a oír lo inesperado, insiste.

- ¿Y se puede saber para qué? -

Y Sandino cual Perseo revelado: - Pa' enterrarte a VOS -

Cronos se detuvo

Los allí presentes, estupefactos, sin previa concertación o mandato alguno, nos auto petrificamos en el éxtasis, conscientes que a continuación la furia mitológica vendría por cualquiera de nosotros.

Impasibles, cual nab@s cualesquiera, soportamos y le ganamos un prolongado y desafiante serio a la Quemanda, a quien no le quedó otra que ir a exigir una satisfacción, a la madre de tamaño maleducado, atrevido.

- ¡Habrás visto, el poco respeto que enseñan estos pichis a sus hijos!!-

Ni Homero el griego hubiera podido pergeñar combate tan sublime y desigual.

Comencé la Facultad de Agronomía en el año 1975 “AÑO DE LA ORIENTALIDAD”. 350 jóvenes (300 hombres y 50 mujeres) ingresamos con un sueño común: convertirnos en Ingenieros Agrónomos. Yo, en especial, quería saber cómo producir mejor y así poder trasmitirlo a los productores. Me encontré con una Facultad poco amable, donde te pedían la cédula de identidad al entrar y tenías que pedirla al irte. Te revisaban los bolsos, y no te permitían estar reunido en grupos grandes. Los horarios de clases ocupaban todo el día. Clases de mañana y de tarde, con horas puente. Era obligatorio salvar todos los cursos con 2 parciales por semestre. Estos tenían que estar aprobados con el 50% para poder dar examen, que había que salvar con el 60%, para pasar de un semestre a otro. Si estabas más de 2 años sin aprobar nada, perdías la calidad de estudiante y no podías volver a la Facultad.

Uno intuía que la dictadura cívico-militar (se la llamó así porque el golpe fue orquestado con el acuerdo de los militares y de una parte de la estructura política) pretendía que los jóvenes no tuvieran tiempo libre, para pensar en otra cosa que no fuera estudiar. Podía estar encubierto un cierto clasismo, complicar más aún a aquel que no tuviera medios para poder terminar la carrera.

Pero eso no fue lo peor. En el año 1974 echaron a todas las cátedras (salvo dos). Por lo tanto todos los docentes eran nuevos, sin experiencia ninguna, e incluso alguno había sido expulsado en época normal, por alcohólico.

El primer desafío para mí fue, sin lugar a dudas, recibirme sin abandonar mis sueños de construir un mundo mejor. Para lo cual, tenía una triple tarea: estudiar mucho, planificar actividades que fueran socavando el régimen dictatorial, y buscar un trabajo (tuve varios que fui adecuando para cumplir mi meta) que me permitiera cumplir con los cursos.

En el primer semestre, me dediqué a estudiar, y me junté con compañeros, con los mismos sueños, como no podía ser de otra

manera “Dios los cría y ellos se juntan” armando un grupo de estudios. Nos propusimos estudiar mucho, compartir libros, y grandes debates. Descubrimos que al hacerlo, dejábamos sin palabras a algunos docentes que teníamos en una cátedra, fundamentalmente. Entonces, lo hicimos doblemente, porque queríamos aprender, y además demostrar que lo que nos proponía la dictadura era malo. Y lo conseguimos. El resultado fue bueno. Cada clase esos docentes quedaban sin respuesta, en blanco, ante nuestras preguntas y comentarios y nosotros sin tomar conciencia aprendíamos mucho y fuimos claros en la pelea que dábamos. Fue así que nos enfrentamos a un examen oral, donde en venganza o para que aprendiéramos la lección, nos tuvieron más de una hora, nos pasearon por más que el programa, tratando que perdiéramos, cosa que no consiguieron, pero nos hicieron sudar.

Fue evidente que no fueron los únicos en darse cuenta de una estrategia marcada. Es entonces que al semestre siguiente se nos acercan algunos compañeros, que habían detectado nuestras intenciones y nos plantean un plan para ir desestabilizando el régimen dictatorial, con el que estuvimos de acuerdo y lo pusimos en marcha.

El plan consistía en hacer grupos de estudio e ir abarcando muchos compañeros, rotándonos, y hacer cada tanto, en algún fin de semana, asados y salidas al cine. En fin, buscar un objetivo para reunirnos e ir creando conciencia o formas diferentes de lucha de alguna manera; y así lo hicimos. Conocimos muchos compañeros, de las vinculaciones más heterogéneas. Ninguno sabía qué ideología concreta tenía el otro. Sí sabíamos que todos éramos contrarios al régimen. Así se generó un grupo muy grande de compañeros y es a partir de esto que voy a relatar concretamente dos hechos que de alguna manera marcaron fuertemente algunas luchas.

De estos encuentros, nos propusimos recuperar cosas como el “viaje de Suelos” (que se había sacado de la currícula de la carrera por la dirección interventora) que era un viaje de estudios que consistía en una recorrida de una semana por varias regiones del país viendo las diferentes formaciones de suelos. Era un complemento de un curso de segundo año, con una cátedra (de las pocas) que había quedado casi completa, y accesible, para lo cual teníamos que disponer de bastante dinero, y hacer muchas articulaciones de dónde quedarnos a dormir,

comer, pagarle a los docentes y alquilar un ómnibus. Yo participé en la del año 1977. Con ese objetivo, se hicieron muchas actividades para juntar el dinero, dentro de las cuales nos planteamos hacer un espectáculo con cantantes populares. Tenía un doble propósito; uno, juntar dinero y el otro aprovechar a difundir canciones de protesta, y nuevos canta-autores ya que los viejos (Viglietti, Zitarrosa Los Olimareños etc.) estaban prohibidos. Los compañeros encargados de los artistas consiguieron muchos de los que recuerdo: Los que Iban Cantando, Grupo Vocal Universo, Carlos Benavides, Carlos María Fossatti, Santiago Chalar y actuaron por primera vez Eduardo Larbanois y Mario Carrero, entre otros.

Además de las entradas se iba a vender bebidas y comida. El espectáculo fue en el colegio San Juan Bautista, en un lugar que tenía capacidad para 1000 personas. Trabajamos mucho, muchos compañeros. Cuando llegó la hora del espectáculo, me acuerdo que cuando terminamos de arreglar todo, vimos lo gigantesco del lugar, todo vacío dijimos con varios “pah! y si es un fracaso y no viene nadie?”. -

En cuestión de minutos aquello se llenó de una forma impresionante. Mi lugar de trabajo fue en la caja del cobro de tickets de bebidas y comidas. No pude levantar la cabeza. Apenas pude disfrutar de la música. Fue un éxito total, tanto financiero como de difusión.

Ese espectáculo tuvo el gran logro de ser el precursor de las grandes movidas que hubo en el Palacio Peñarol, donde el canto popular se transformó en la primera batalla ganada a la dictadura, porque nos reuníamos entre 5000 y 7000 personas (jóvenes mayoritariamente) a escuchar canciones de protesta, muy sutilmente escritas y excelentemente interpretadas.

El otro hecho destacado que recuerdo fue en 1980 que conformamos grupos de grabación, desgrabación y de impresión con matriz y mimeógrafo de los teóricos de quinto año que se repartían entre todos los alumnos que la integraban. Esto nos permitía –a los estudiantes que teníamos que trabajar– no ir a los teóricos pero tener la información y estar en igual condición que los que solo estudiaban. Cuando a mediados de 1980 se plantea –por parte de la dictadura cívico-militar– una reforma constitucional que legalizaba el régimen instaurado, se usó esta herramienta como una forma más de difusión y propaganda.

Fueron mis primeras elecciones, que se dieron bajo un régimen de terror, donde no hubo propaganda abierta por el NO a la reforma, y en los pocos actos a favor de ese NO hubo mucha represión. Entonces, los que estábamos a favor de no modificar la Constitución, de no legalizar la dictadura tuvimos que desarrollar estrategias para la difusión.

La propaganda fue con volantes, boca a boca, y algunos medios de prensa, donde Germán Araujo desde su programa de radio “Mañanas de radio” en CX36, cumplió un papel importantísimo (pero eso es otra historia).

Entonces, algunos de los grupos que desgrabábamos pensamos una estrategia para difundir el NO. Al redactar los apuntes comenzábamos la oración con NO, sin perder el sentido pero muy repetitivo. Además, cuando se terminaba, se usaban algunos “chistes” o comentarios muy atinados donde el NO era lo reiterativo. A modo de ejemplo, copio lo que unos compañeros pusieron al final de un teórico, que aparecía firmado de Artigas a Sarratea (que en realidad no sé si es real), tal cual aparecía en los apuntes:

NO le digo lo que siento
porque NO me va a entender
es que yo NO sé qué hacer
en este crucial momento
NO cabe en mi pensamiento
una letra afirmativa.
Afirmo la negativa
Afirmo la negativa
que aclara mi pensamiento
le aconsejo y NO le miento
dígale NO al que se aviva

También, se hicieron volantes que eran repartidos clandestinamente, pero fue importante tener esa gran cantidad de estudiantes afines con los que se contó a la hora de la tarea.

Al final ganó el NO con un 57%, por lo que no se modificó la Constitución, y la dictadura fue perdiendo poder. Fue la primera gran derrota de ese régimen de terror y grandes injusticias, con las libertades cercenadas.

La flaca Marcela tiene que estar media rayada, pensaba el Canario mientras se alejaba de la zona del reciente contacto. De tanto en tanto y sin ánimo de comprar, entraba en alguna de las muchas tiendas que encontraba a su paso. Experimentaba, como nunca hasta ese momento, sinceras ganas de que todo el mundo lo tomara por un tipo que andaba mirando vidrieras interesado en gastar su salario en ropas y calzados. Miraba, preguntaba calidad y precio y se marchaba, supuestamente convertido en eminente comprador y apenas convencido de que, a cada paso que daba, iba dejando atrás al peligro. Por las dudas llevaba consigo el dinero suficiente como para respaldar ese ficticio propósito suyo de ser un comprador real en plena acción.

Corría el año 1972. Fue días después del 14 de abril -día en que el escuadrón de la muerte fue prácticamente descabezado y día de caídas de dirigentes y de locales-, después de haberse dado la caída de la cárcel del pueblo. También el principio de la debacle, cuando empezaban a consolidarse los momentos más duros de la represión, y cuando los comunicados de las FFAA se hacían cada vez más frecuentes, más detallados y más triunfalistas.

- La cosa viene brava. La sogá está recontra cagada y esta flaca se me descuelga con eso. - Se decía el Canario - ¡Es cosa de no creer!

Lo cierto fue que Marcela, ni bien se saludaron y le pasó las novedades y lugar, fecha y hora del próximo contacto, le preguntó, así nomás y en seco, si no quería una tortuga de bañado, ya que, debido a la caída de un compañero que conocía su local, al mismo, lo estaban evacuando contra reloj.

- Pero, entonces, ¿qué pito toca la tortuga?

- Mi compañero- siguió diciendo la flaca - y otro tupa del grupo, volvían una noche de relevar los bañados de Carrasco, la vieron al borde de la carretera, pararon el jeep y la trajeron con ellos pensando que nos

traería suerte. Bueno, como aún no se había terminado de cercar el terreno del local, la dejaron en la terraza y ella, intentando escapar, se cayó y desapareció antes del amanecer. Pasamos horas buscándola pero no hubo caso. Esa tarde salimos a caminar, con mates y termos, en ambas direcciones por la carretera, hasta que, finalmente, suspendimos la búsqueda y entonces el local volvió a su vida normal.

Unos días después, de madrugada, ya de regreso, los compañeros vieron al costadito del camino a una tortuga parecida caminando rumbo al bañado. Se bajaron del jeep por pura curiosidad y descubrieron que tenía lastimada la caparazón.

-Es Melchora. Seguro que se lastimó en el porrazo - dijo el chofer - Pobre, al final la que no tuvo suerte fue ella...

Entonces, la regresaron para curarla.

El Canario - en un raro momento de idiotez o tal vez de ternura -, dijo que sí, que se quedaría con la tortuga

- ¿Te das cuenta? - Tengo un talento especial para calar a la gente bichera como vos - comentó la flaca.

Ahora, caminaba y pensaba que era una imperdonable locura lo que iban a hacer la flaca y él. Bueno, pensó, de la flaca no me extraña. Ella, además de ser bastante balín, es pachorrienta, inteligente, especialista en vender versos, capaz de convencer al más porfiado de los milicos - llegado el caso -, y además tiene una suerte envidiable. ¿Pero yo?...

Yo no creo - se dijo -, que, justo mañana, se le termine a Marcela la racha de buena suerte y los milicos nos hagan mierda con tortuga y todo.

De todas formas - se consoló -, ese contacto ya estaba programado y había que hacerlo.

Pero - se preguntó -, ¿la flaca no habrá inventado de antemano ese contacto sólo para enchufarme la tortuga?

Marcela apareció como si nada por la calle del contacto.

Traía una chismosa con una caja de cartón. Al recibirla, el canario observó que llevaba bien asegurada la tapa con cinta adhesiva y que mostraba unos cuantos agujeros en los laterales.

- Tengo que cambiarle el vendaje o darle antibióticos?- le pregunté

con cierto sarcasmo.

- No, simplemente darle un poco de cariño y contención; contestó, olímpicamente, ella. Se despidieron deseándose suerte y recordando lugar, día y hora del próximo contacto. Pero ya no volvieron a verse porque falló aquel contacto y porque al canario lo detuvieron pocos días después. Ambos compartirían para siempre sus seudónimos y entre otras cosas, el recuerdo de Melchora: una tortuga de bañado.

Ricardo aprontó el mate y se fue al fondo de la casa de residentes donde solía pernoctar de tanto en tanto. Llevó termo, mate, la caja con la tortuga y se sentó en el borde del jardín. Liberó a la Melchora, encendió su radio spica y se ensimismó en sesudos razonamientos sobre las boludeces que pueden llegar a cometer ciertos humanos guerrilleros que insisten en querer cambiar el mundo.

En eso estaba, precisamente, cuando llegó Carlos, a quien conocía del comedor de estudiantes y que también estaba viviendo allí.

Carlos había llegado con un par de medias, una camiseta y un calzoncillo recién lavados y los estaba colgando en el tendedero cuando vio a la tortuga. Entonces, miró a Ricardo y le preguntó si era suya.

- Si, es mía respondió mecánicamente.

Carlos terminó su tarea, se sentó en el borde del jardín y dijo simplemente:

- Yo conozco a esta tortuga. Ella es Melchora, compañero -

Bocadito digno el chicle, pero peligroso.

“Los chicles te hacen mal porque te carían los dientes y si te los tragás se te van pegando en la panza y te puede dar cáncer”. (La Vieja dixit).

Cuando emergía el imponente busto de la sargento Quemanda por la ventanilla para cantar la lotería familiar a la visita en el locutorio del Penal, los allí presentes cruzábamos los dedos y hasta los ateos se encomendaban a todos los santos.

Cual Gorgona mitológica, si la Quemanda miraba directamente a los ojos, podía convertir en piedra, razón por la cual, Familiar se arrastraba humildemente hacia la hembra alfa, con la vista puesta en el piso, para enfrentar uno de sus mayores temores:

-Perdón, a nosotros no nos nombró...-

Número tal no tiene visita, está suspendido!!.

Razones no se daban generalmente, ni sargentamente. Y en todo caso era al pedo solicitarlas, corriendo el riesgo de incrementar el lapso de suspensión, como castigo por “PONERSE CARGOSO” con la autoridad.

Familiar asumía el castigo entonces como su recluso: inapelable, inexplicable, irrecurrible.

¿Un abrazo (absolutamente prohibidos), quizás, con un compa en el patio?

¿Una palabra de más o de menos con un guardia?,

¿No haberse incorporado a tiempo cuando la requisa o la inspección diaria?

¿Un cambio de humor del comandante de turno por la visita reciente del cuerpo de inspectores de la Cruz Roja,(rostros amables) o por una denuncia al régimen en un foro mundial, presentada por Amnesty Internacional o algún exiliado político vernáculo?

Infinitos eran los caminos de los señores y su imaginación puesta al servicio del escarnio para dejar a Familiar acá, afeitado y sin visita y al Peladito de vacaciones en La Isla..

A veces se le comunicaba a Familiar la suspensión apenas bajado de la Cita.

Cuando el primer control y la obligatoria entrega del paquete de comestibles y enseres para manualidades, de la cédula sine qua non, de un cacho de dignidad aquí, por rezongo y amenaza de suspensión por un par de milímetros de pelo largo en exceso tocando el cuello de la camisa, otro cacho allá por una falda exageradamente corta un par de milímetros por arriba de la rodilla, y con tajo!! y otro cacho más, acullá, debido a un escote demasiado amplio mostrando apenas las sugestivas nacies nutrias.

Y si no era en esta, quedaba pendiente para la próxima y Familiar sin saberlo.

Pero si había algo en que la inteligencia militar ponía especial énfasis, era en la detección, requisita y seguimiento de cualquier tipo de mensaje o noticia inconveniente que pudiera ser introducida clandestinamente en forma cifrada o en clave por cualquier medio conocido o por inventar a través de la visita.

¡ Guayj! con aquel número de teléfono anotado de apuro a lapicera en el dorso de la mano, el boleto olvidado entre las pelusas de los bolsillos, o un trozo de papel de diario a modo de plantilla en los zapatos, portador de noticias maliciosas.

También entrar masticando un chicle era pasible de sanción.

En el segundo control ya dentro del Penal, se efectuaban los cacheos personales, minuciosos, rigurosos, degradantes.

Los bebés eran despojados de sus pañales, las mujeres debían mostrar sus sospechosos tampones de siempre.

Familiar presentábase rutinariamente de zapatos sin cordones, sin cinturón., cabello al rape y carita con rictus de circunstancia.

La Vieja, señora cuarentona larga, solía llegar sobresaliente, intachable.

Escote cerrado, pollera sin tajos, nada de alhajas, peinado sobrio, sin maquillaje, mirada de cordero.

Bajo esa inocente piel, que no necesitaba proclamas ni alharacas, latía una loba ineludible, feroz en la lucha por su macho y su jauría.

Aquella vez traspasó la revisión con el chicle pegado en los postizos, para volver a rumiarlo luego instintivamente, sin darse cuenta y

sin preocuparse.

Pero la Gorgona la vio venir, y la pastoreó.

Cuando la Quemanda cantó el número de cuatro cifras, y la Vieja largó en estampida hacia la ventanilla asignada, las víboras que convertían en piedra la detuvieron, fulgurantes y alborozadas

“¿USTÉ ESTÁ MASTICANDO CHICLE?”

-“¿QUIÉN, GLUP,... YO?” DE NINGUNA MANERA!!.-

-Mmmm, me parecía...-.

-“Pase.”-

NOTA 1-El bus de la Cita además de transportarnos hacia el Penal (única y exclusiva línea) oficiaba también de mesa de noticias, peluquería y costurero ambulante solidario, dispuesto especialmente para dar una mano a novat@s y distraíd@s.

Siempre, siempre, surgía desde el fondo caótico de alguna mágica cartera de dama, una tijerita de cortar las uñas, hilo y aguja, una engrampadora... con los que más de un@ supo urgentemente hacerse chuzar el cabello, mal coser el tajo de su pollera, o cerrar un escote.

NOTA 2- La Vieja partiría años más tarde, luego de perder su última y cruenta batalla de tres años contra un devastador neoplasma gástrico.

Los años duros me obligaron a tratar de “no saber”, “no recordar”, “olvidar” o “no prestar atención” a los nombres de las personas. Desde hace tiempo debo anotar los nombres de las nuevas personas conocidas.

En aquellos años me acostumbré a los apodos y hasta hoy creo “pagar un precio” a una especie de bloqueo subconsciente... (Me cuesta horrores retener los nombres de las personas, y demasiadas veces he sentido vergüenza por tener que re-preguntar) Pudimos ser apresados y torturados, y hasta morir juntos, pero no sé su nombre. Me quedó su apodo...para toda la vida.

¡Qué linda “la Mimosa”! - Parte de su familia vivía en Argentina y venían cada tanto.

El golpe militar la sorprendió de este lado del Río- Era de la Federación Juvenil Comunista, pero también era oriental y salteña, y... “Comunista de verdad” -decía- “se es en cualquier lado”. Vestía más “moderno” que las otras compañeras y llamaba la atención por su elegancia y madurez.

¿Qué tendríamos entonces, dieciocho, veinte años?

Quedé contento cuando me tocó como pareja.

Desde el mismo 27 de junio, veníamos pintando con crayolas negras caseras (que nos alcanzaba nuestro “especialista”- “Carnaval” Hernández-).

En esa semana habíamos hecho volanteadas y manifestaciones relámpago, y alcanzado toda la solidaridad posible a los obreros que ocupaban las fábricas. Fideos, arroz, verduras...todo lo que se pudiera “requerchar” y conseguir por ahí, alentando la solidaridad de la gente.

Esa noche nos dijeron clarito: “Dos muros, compañeros y regresar a sus domicilios”. Caminamos con “la Mimosa” hasta la zona del puerto para llegar a dos muros que habíamos “estudiado” de día. Ella “campaneaba” y yo escribí: ¡DICTADURA NO, SOLUCIONES AHORA! - Y luego en el segundo muro: ¡ABAJO LA DICTADURA!

Nos pareció que lo hicimos muy rápido y le dije: ¡Qué lindo aquel otro muro! y ella dijo: Vamos.

Caminamos una cuadra más, pintamos el muro: "DICTADURA NO SOLUCIONES SI" - (Casi diez metros, en letras enormes... ¡con falta de ortografía y todo!).

Doblamos hacia el norte, hacia el barrio del Cerro de Salto, sobre un viejo puente que continúa en una calle de adoquines. Desde el puente me pareció ver una pequeña luminosidad, como una luciérnaga muy tenue en la punta del cerro, calle arriba.

¡Pará Mimosa! -le dije-

Casi me acosté en los adoquines para poder ver. A doscientos metros o más, se dibujó una imagen siniestra, como una sombra china contra el horizonte. Un silencioso "Jeep" con las luces apagadas venía bajando con varios soldados...

¡Pero uno fumaba! - Lo que resaltaba era la sombra de las armas largas contra el cielo-

-Mimosa quedate quieta-

Ella, recostada contra un árbol, abrió los ojos grandes.

Apenas me dio el tiempo para tirar la crayola al agua y abrazarla... quiso apartarme, pero desesperado le dije:

-¡Los milicos besame! -

La compañera se dejó besar, y en pleno "beso" pasó lentamente a un metro de nosotros el vehículo militar. Demoraron una eternidad en alejarse. A nosotros nos temblaban las piernas y el corazón se nos salía por la boca.

No sé como volvimos a nuestras casas, no lo recuerdo...seguramente porque lo más importante había pasado ahí, en ese lugar y en ese momento.

Después pasaron muchas cosas en nuestras vidas y en las de todo nuestro pueblo. Resistencia, muerte, represión, cárcel y exilio. "Zafamos" esa vez como tantas otras veces.

Los dos -sin saber nada uno del otro- cruzamos el Río Uruguay. En mi caso: clandestino, perseguido, acorralado...como tantos orientales más, solo pensando en sobrevivir para volver a la Patria y contribuir a la recuperación de la Libertad, la Democracia y la Dignidad.

Cuando volví al país y a mi ciudad, también semi-clandestino más o menos por la época del plebiscito, me sorprendió encontrar el muro

intacto con una hermosa casa atrás. Un muro viejo y feo, gris, torcido... ¡La frase y la falta! Tras el muro, un chalecito hermoso se asomaba por encima de una vieja Santa Rita. Él viejo muro también resistió la barbarie. Nunca supe quién era el dueño, pero era obvio que lo había dejado así una década a propósito.

“¡DICTADURA NO - SOLUCIONES SI!”

-Recordé los ojos asombrados de “la Mimosa” ¿Qué sería de ella? ¿Qué sería del “Brasilero”, de “los Perros”...del “flaco Andrés”, del “China” y el “Finito”, del “Ofidio”, del “Fausto” y “el Amado” y tantos otros? A algunos los había visto por última vez en el cuartel, o había reconocido su voz. Pero ¿qué sería de “la Mimosa”? - ¿Y qué sería de tantas compañeritas que también vi por última vez cuando las subían de los pelos a los camiones militares? “SOLUCIONES...” ¡Dos veces con ese...! ¡Pero qué indio bruto! ¡Qué vergüenza pa’ un bachiller, pero qué orgullo para un hijo de este pago!

Qué contradictoria maravilla representaba esa especie de testimonio vivo de nuestra participación en la primera línea de la resistencia popular (aunque tuviera aquel tremendo “horror” de ortografía). Pero a veces el pueblo escribe mal, y además... ¡Andá vos a corregir! Viendo el muro, siempre recordaba a los compañeros de propaganda, especialmente a “la Mimosa”...pero sinceramente, a medida que pasaba el tiempo, eran menores mis posibilidades de encontrarla. Mi ciudad y mi generación sufrieron “un desbande total”.

Cuando asumió el primer gobierno democrático recién cayó aquel muro, -para mi glorioso.

Y con “la Mimosa” nos reencontramos más de veinte años después en un Comité.

Creo que ya es abuela. Y... ¡sigue tan linda como antes!

(Salto, junio-julio -1973 - 2018)

Luego del golpe de estado del 27 de junio de 1973, estuvieron suspendidas las clases por un mes, más o menos.

Al retomar las clases, los estudiantes no nos vimos sorprendidos por grandes cambios estructurales pues el régimen dictatorial (por lo menos en el liceo 14) no los realizó, como sí lo hizo en 1974, pero esa es otra historia; sí nos topamos con un cambio sustancial en cuanto a lo intrínseco, con la aplicación de la ley 14.101 (conocida como Ley Sanguinetti). Hoy releuyéndola comprobé que se sacaba autonomía a la enseñanza, se sembraba el terror entre autoridades y docentes, así como también entre los estudiantes. Según el capítulo VII de aquella ley, había algunos estudiantes “inadaptados” que por su conducta de in-adaptación se lo excluía del sistema educativo. Eran considerados inadaptados aquellos estudiantes que luchaban por un mundo mejor, rebeldes que no callaban ante las injusticias; y eran detectados como tales. Por suerte, no todos fueron detectados y pudimos seguir trabajando.

Un compañero de mi clase: sexto biológico del liceo 14 fue una de esas víctimas; la indignación fue tan grande que nos reunimos, (según recuerdo todavía lo hacíamos) para ver cómo contrarrestábamos esa medida injusta. Luego de un intercambio de ideas y casi por unanimidad (una estudiante que era evangelista) decidimos trasladar a todo el gremio de estudiantes lo que nos parecía una medida de lucha que podía hacer fuerza y totalmente solidaria, que consistía en que ninguno en todo el liceo cantara presente al pasar la lista. No fue aceptado.

La clase, luego de debatir, y pensar solidariamente, decidió no cantar presente, por el resto de lo que quedaba del año. Así se lo hicimos saber a la adscripta que pasaba la lista, fuimos a clase e hicimos las monografías, los escritos, los trabajos, en fin, seguimos con las actividades normales del curso, sin cantar presente al pasar la lista.

Al terminar el año, y en la reunión de profesores informan que nuestra

clase había perdido el año por faltas. Sin más, los profesores no podían creer lo que veían en la resolución y nuestros padres tampoco.

Se reunieron los padres para ver que hacían y fueron a hablar a secundaria. Hicieron una carta firmada por todos, planteando lo injusto y desmedido de la sanción por una actitud solidaria, pero no hubo caso. Repetimos el año todos, salvo la estudiante que no se plegó a la medida.

Tengo idea que un padre (con vinculaciones) logró que su hija no perdiera el año y diera los exámenes en otro liceo, pero el resto nos vimos y convivimos un año más, por suerte con los mismos profesores, con complicidades.

Debo destacar que también fue una experiencia traumática en 1974, no porque haya repetido un año, sino porque fue otro liceo, con una disciplina, con mucha rigidez, sin paros, huelgas, sin asambleas, sin poder estar en grupos grandes, con uniforme completo, pelo corto los varones, sin barba, con pollera por debajo de la rodilla las mujeres, mostrando la cédula de identidad al entrar. En fin, otro liceo. Ese fue uno de los peores cambios que he vivido, pero con muchas enseñanzas. La primera, que las medidas no se pueden tomar aisladamente, una clase sola, que nos ganaron esa batalla, pero no nos doblegaron. Seguimos viéndonos, reuniéndonos, y elaborando estrategias para acabar con la dictadura.

Año 1958. La revolución emprendía la última avanzada hacia la liberación total de Cuba que se concretaría simbólicamente con la entrada en La Habana el 1° de enero de 1959 por aquello de hacer carne la sabiduría popular de que una vida nueva comienza con un año nuevo. La cosa es que el cuarto mes de ese 1958 me tocó nacer.

No podía haber nacido en otra parte, en otro barrio, en otra familia pues me hubiera perdido ser el protagonista de una vida muy rica en situaciones, afectos, oportunidades y concreciones. La vida es una sucesión de múltiples relatos, algunos relacionados directamente, casi lineales, mientras que a otros uno les va encontrando su significación cuando los rescata del olvido y los puede concatenar en retrospectiva. Ojo, hay que prepararse para eso porque si no la vida pasa a ser un mero acontecer sin dirección y como decía mi tía, la historia familiar queda en los genes y si bien no determina lo que somos, influye y mucho.

Mis hermanos mayores, que hoy no están, me acompañaron a encontrar el gusto por las cosas, todas las que uno pudiera apreciar, buscar, construir, experimentar. En patota los hermanos íbamos construyendo sueños, utopías y solidaridad compartiendo vida y amigos, porque eso se mamaba en ese hogar cuna y referencia de familias. Ahí no había edades ni género que separaran, (las amistades eran eso, ni amigos o amigas, todos compinches). La vida era resuelta según las dificultades que se presentaban y no tanto por cómo la pensáramos, la cosa era vivirla. Ahora estoy ante una foto de los 60. Mis hermanos empezaban la escuela y estaban preparados con sus túnicas blancas y sus moñas azules, satinadas, brillantes y allí estaba yo, compartiendo la alegría y mi viejo registrándola con una vieja máquina de fotos que era un cubo. Fotos blanco y negro, se miraba desde arriba por un cuadradito con lupa para enfocar. Esa lupa en la mirada de hoy llegando a los 60, creo es la que agranda estos sentimientos de esa época, el recuerdo que evoca este relato y lo rescata del olvido. Pero la historia de la foto estaba en el fondo

de la foto, que era el fondo de mi casa. Al lado del viejo muro se veía el viejo gallinero donde todas las mañanas la abuela nos hacía correr las gallinas y retirar los huevos que luego comeríamos. Todos fuimos creciendo y yo entré en la escuela vanguardizado por mis hermanos. Ya tenía la fama de la familia, buena gente, buenos estudiantes, pero tercos y constantes con lo que querían y con la expresión de sus ideas.

Hicimos mucho en la escuela, en la copa de leche, la cruz roja, la recolección de canillas para el busto de Artigas y otras cosas como escuchar a Viglietti en algún acto protocolar, ese mismo Daniel del que supe ser correo durante la dictadura para su entrañable amiga América. Hicimos y hacemos lo de siempre juntar barra para hacer, disfrutar y soñar.

Cursábamos 5° año cuando desde lo que se llamaban “las fuerzas vivas” del barrio nos juntamos en lo que fue mi “primer marcha”. Era para la creación de un liceo en el barrio. Estaba bravo pero se logró; yo conocí por dentro el liceo en su segundo año de vida, pero uno de mis hermanos fue “fundador” del mismo y mi otro hermano, el mayor se cambió del liceo 9 porque quería estudiar en el barrio, con sus afectos cercanos y sus amistades. Con el liceo vinieron el compromiso social y también el compromiso político. La familia, igual que muchas otras en el barrio se juntaron luego del llamado del 8 de octubre hacia la construcción de un Frente Amplio, una causa grande que juntara a todos. Se creó así el comité de vecinos de apoyo al Frente Amplio, con tal suerte que mi familia ofreció un galpón recién construido para que allí funcionara eso nuevo que se estaba gestando, eso que iba a ser testigo de la acción solidaria que se comenzaba a desarrollar en ese lugar. Justo y mirando la foto que tengo en la mano, ese galpón ocuparía el lugar donde estaba el viejo gallinero que marcaba mi deseo de acompañar a mis hermanos en esa aventura educativa de ir a la escuela, ahora testigo de esta aventura política que nos involucraba a todos, incluso a mi hermana más chica.

Esa casa, ese fondo fue testigo de cosas no tan felices para nosotros, para todos, no por ello menos significativas en esta mirada.

Entre las muchas cosas que compartimos entre hermanos fueron plantones, situaciones que quisieron y no pudieron, de cuando quisieron quebrarnos y no pudieron, o no tanto. Una de las veces que los milicos

estuvieron de ratonera en casa nos pusieron en cuclillas en el fondo de la casa, entre la vivienda y el galpón que aún mantenía, en plena dictadura una consigna pintada en la pared que hoy a mis casi 60 luce resistente “Frente Amplio, el arma de un pueblo que nació para ser libre”. Como decía, en esa posición los milicos se paseaban entre nosotros, preguntando esto y lo otro, sabés quién, qué o cuando. Nosotros los más jóvenes aguantábamos, hacíamos deporte y bancamos. El problema fue cuando esa posición la tuvimos que repetir arriba del camión del cuartel de Peñarol. 4 horas después ya sentíamos los calambres, la columna forzada. Hasta hoy me duele cuando me pongo en cuclillas a jugar con mi nieto, pero a pesar del dolor ese juego se disfruta, como se disfrutaba el logro de resistir sin hablar, sin decir, sin “cantar”. Era mediados del 73, dictadura recién estrenada y allanamiento indiscriminado de unidades que ingresaban en la represión. Desde mi espalda en la boca del camión siento la voz de mi madre gritando, exigiendo “a los menores no los tocan”. El sargento al mando le contesta, “mayores de 15 marchan porque si pueden volar, pueden marchar”, “pero ese tiene 14” retruca la mujer que ante una pregunta difícil, un rato antes se había definido como de “pocas luces”, dale le dice el Sargento a un milico que me toca el hombro y me dice “ligaste, bajate”, gracias a esa determinación, de mis grandes, me bajo entre otras cosas a quedarme con mi hermana de 8 años. Mis hermanos marcharon, uno más que el otro.

El mayor volvió al otro día. Con el otro se ensañaron y volvió 16 días después. Al poco tiempo comenzaron sus cambios: falta de concentración, dificultades para estudiar, laburar, divertirse. Le habían partido el alma pero no los sueños. En sus ratos de locura él seguía luchando por el mundo y en sus estados de cordura también, distinto pero también. Pueden con la carne pero no con las ideas.

El mayor también tuvo lo suyo pero más tuvo en los 80 cuando me avisan de su muerte. Veníamos en el Austin de un amigo de preparar nuestro casamiento y nos dijeron, le pasó algo y había pasado la muerte, entre dudas y suspicacias ya que la dictadura seguía allí, matando la carne pero no los sueños. Por mi otro hermano también pasó la muerte. Lo que no pudieron los milicos ni Villa Carmen lo pudo el cáncer. Esa mierda también termina con los sueños, aunque de tanto soñarlos se

contagian a otros y siguen, más allá de la carne, siguen.

Con mi hermana la chica hay varios relatos que le ganan al olvido. Una vez habíamos quedado los dos solos, frente a dos de los tantos milicos que se acantonaron en la casa a la espera de la caza de militantes. En ese galpón, que alguna vez fue gallinero, luego comité de base y ahora espacio de resistencia. Estaba húmedo y oscuro. Apenas un rayo de sol entraba por uno de los cinco vidrios de la ventana, encima de la puerta de dos hojas que habían cerrado con nosotros dentro, ellos también. Como decía un rayo de sol entraba por el vidrio roto y daba justo sobre una motoneta Lambretta blanca y roja. El soldado más joven jugaba con su fusil al tiempo que preguntaba de quién era el vehículo. No sé, dije yo. No sabemos dijo mi hermana. Debe ser del ruso, dijo el milico, y de la negra replicó el otro. No sabemos repitió el frágil ser humano de 8 años que los miraba fijamente. No jodan les digo, sabés la gente que pasa por acá, se le debe haber roto y la dejaron acá.

“Miralos a estos tienen respuesta pa todo, pero ya lo dijo el sargento, la moto es del ruso y la bici del Cabeza, que la dejó olvidada cuando rajó pa Colombia” y apuntando a la cabeza de mi hermana el valiente milico dijo, “Qué ganas de pegarles un tiro me dan”, me paré de miedo en el medio, fue el instinto de no sé qué pero fue, justo el otro le estaba manoteando el arma y la había bajado, así lo feo pasó, ¿pasó?.

Mi hermana me abrazó, salimos de la primera bien, ya habían abierto la puerta y el aire que entró no permitió respirar con más alivio. Nos juntamos con el resto, presos en casa y libres en alma.

Mientras todos estaban presos, compas y compinches nos permitieron resistir. Hasta hoy resistimos, hasta la victoria.

Estos relatos rescatados del olvido de la memoria no tenían trascendencia para nosotros pero al ver los ojos de nuestros hijos y sus amigos cuando los contamos fueron y son tan importantes para otros que merecen ser contados. Porque como me dijo Eva un tiempo después de salir de la cana hecha pelota y recuperándose, por los 90 me alertó de lo no pensado. “Pa loco ustedes sí que la pasaron jodida”, no más que muchos le digo.

Cuando me dirigía hacia la Comisión, por Agraciada pasó, lentamente, a mi lado, uno de los tantos camiones militares que patrullaban las calles.

Instintivamente, como un movimiento reflejo, puse la mano en uno de mis bolsillos para asegurarme que llevaba la cédula de identidad. Desde que se había instalado la dictadura, todos los ciudadanos debíamos llevarla con nosotros, pues nos la podían solicitar en cualquier momento.

El día anterior, me enteré que Tesorería pagaba los sueldos docentes desde la mañana. Como tenía entrenamiento del equipo de basketball del liceo, que estaba en las últimas etapas de preparación para el campeonato Interliceal, traté de llegar temprano para luego ir a la Plaza de Deportes de Las Piedras, donde practicábamos.

Me llamó la atención que el portero, con quien siempre cambiaba bromas, sobre resultados deportivos y otros temas, apenas me saludó con un gesto de la mano y se alejó. Ya en el patio noté que muchos compañeros y compañeras devolvían mis saludos pero no se acercaban, como era común en otros momentos para conversar asuntos de nuestra actividad.

A esa altura comencé a pensar que algo extraño sucedía y hasta dudé si físicamente no tendría alguna marca o signo que produjera rechazo en los demás. Cuando llegué a la ventanilla de cobro, me comunicó el tesorero que tenía órdenes de no pagarme y que previamente debía concurrir al despacho del Director Técnico General.

¡Sorpresa! El Director, un viejo Profesor de Educación Física me recibió vestido con un uniforme militar (luego supe que para congraciarse con el régimen había solicitado lo alistaran, reivindicando un curso de oficiales de Reserva que años atrás había realizado en un cuartel de la calle Dante). Muy amablemente y con tono paternal me develó el misterio que todos en la Comisión ya conocían: tenía la "C".

La dictadura había clasificado a los funcionarios públicos en tres categorías: A, B y C, y la que me habían adjudicado, era la peor de las tres. Implicaba el despido y la muerte civil del sujeto.

Resolví reclamar, ya que no había cometido ningún delito.

II

El cuarto tenía las paredes descascaradas, sin ninguna decoración, apenas el cartel de un edicto policial, pegado con cinta de celulosa. Una mesa de metal y cuatro sillas componían todo el mobiliario. Una mezcla de olor a tabaco y creolina dominaba el ambiente. Era la primera vez que concurría a esa dependencia de la Jefatura de Montevideo ubicada enfrente del Club L ' Avenir.

- Siéntese allí y espere que lo van a atender.

Aunque me imaginaba que la citación estaba relacionada con mi reclamo por la letra "C" temía por mi suerte. No en vano corrían serios rumores sobre desapariciones de personas. Desde que se había instalado la dictadura vivíamos en constante zozobra.

Por esa famosa letra tuve que renunciar a una Cooperativa de Vivienda por Ayuda Mutua de la que era el Secretario, para que la misma pudiera seguir adelante. Luego sucedieron allanamientos y esa convocatoria.

Pasaron no sé cuantos minutos que parecieron horas. Se presentaron como los oficiales X y XL. Traían un expediente que dejaron sobre la mesa.

-Así que vós sos un bolche de mierda ?

-No señor

-Pará, che, mirá que en el expediente figura que fue delegado del socialismo.

-Es lo mismo, todos son subversivos, enemigos de la patria.

-Señor, ¿qué opina del proceso cívico-militar que salvó a la patria de los tupas?

-No pierdas el tiempo, estos comunistas son hábiles declarantes.

-Sólo fui delegado de mesa de un partido legal.

-Alojó a alguna persona requerida por la justicia? Conoce dónde se oculta alguno?

-No, señor.

Siguieron las preguntas, alternando el trato. Me recordaba la técnica de interrogatorios vista en películas policiales: uno en papel amigable, y otro rudo. Dudaba si eran los nervios o el repugnante olor de la creolina lo que me estaba descomponiendo, pero traté de mantener la calma.

-Quédese aquí, que tenemos que hacer unas consultas y volvemos.

Otra vez, solo en el cuarto, durante casi media hora, con el expediente enfrente. Las preguntas no tenían nada que ver con mi pedido. Me deben estar espiando, pensé y si quieren que mire el expediente los voy a complacer. Comenzaba con mi nota del reclamo (que redactó Hugo Batalla) y a continuación una fotocopia del Acta de Escrutinio de las elecciones del 71, con mi firma como delegado del Partido Socialista. Seguía un informe de Inteligencia Militar recomendando adjudicar la letra "C" y varias hojas correspondientes a otras tantas dependencias, que invariablemente decían "De acuerdo a lo informado a fojas tal, no se hace lugar a lo solicitado".

Vinieron de nuevo.

-Lo vió? Notifíquese con firma, contrafirma y cédula y luego puede retirarse.

En el patio encontré a mi amigo Julio Calcagno.

-Cómo estás?

-Desde hace 10 días vengo para hablar con un tal agente Rodríguez pero nunca lo encuentro. Estoy invitado a un festival de Teatro en Caracas para llevar la obra "La Empresa" y no me dan el pasaporte hasta que no hable con él. Creo que me demoran ex profeso.

-Suerte loco, yo vine por la letra. Chau.

Tomando grandes bocanadas de aire fresco, tratando de tranquilizarme, salí caminando rápido por la calle Maldonado, para llegar pronto a casa, y comunicarle a mi familia que no había quedado detenido.

1-UN antes, más de 15 años. 2-UN nada, un mes más o menos. 3-UN durante, de 4 años. 4-UN después.

1-Un hombre con 33 años, familia compuesta por esposa y dos hijos, una niña y un varón. Buen trabajo, buen nivel de vida, buena expectativa de futuro.

Antes de afiliarme al Partido Comunista yo tenía mucha actividad política en lo social.

Ya en los años 60 opté. Yo hacia cursos de formación para oficiales del ejército arma de Caballería en lo que se llamaba Centro de Instrucción para Oficiales de Reserva (CGIOR). Como decía ya en aquel momento donde no existía la represión desatada posteriormente, por mi actitud, postura, o yo qué sé, me decían “el comunista” en forma sumamente cariñosa, lo que ya me llenaba de orgullo. Hasta que alrededor del 70 me convocan del PC para que me afiliara. Lo viví como una oportunidad de hacer algo seriamente con una organización superior. Pero seguro, también conllevaba obligaciones, como no poder concurrir a reuniones de ningún tipo, privadas o públicas vinculadas a la política. Había ingresado a formar parte del aparato que se nombraría como clandestino, visto y considerando los acontecimientos que se desarrollaban en aquellos años. En una de las reuniones de un grupo de gente me informan que paso a formar parte del aparato armado del PC. Que los que estamos allí somos el grupo de 5 personas elegidas para formarnos, para lo cual somos convocados a la formación del combatiente. Cosa que yo tenía, pero fue una experiencia enriquecedora del grupo. Donde entraban a transformarse en más que hermanos entrañables, Seres muy queridos a los cuales tenía que cuidar por ser el que tenía mayor formación.

Sentimiento que me pesó mucho en la tortura, compromiso que sangra, (tuve que parar unos minutos porque me invadió un mar de lágrimas al

recordar estos sentimientos).

Durante estos años de militancia clandestina tuve la responsabilidad de secretario de organización del Seccional Sur en la clandestinidad. No tengo muy claro ahora si lo era desde lo orgánico, era todo muy clande. Pero lo real era que buscaba alojamiento para los compañeros requeridos, entre los viejos afiliados y amigos del Partido. Por supuesto tarea realizada en espacios sacados del laburo ya que yo seguía trabajando ya que no era conocido. Esto se desarrolló entre los años 74 al 77, más o menos, la memoria no es muy fidedigna, podría cotejar con algún compañero que aún vive, pero así salió.

Ahora me siento, me miro, y solo pensando en quel momento me entiendo, comprendo, explico y justifico.

El pensamiento arrastrando el sentir (montado sobre una personalidad materialista dialéctica deformada, totalmente racional y desafectivizada, adecuada y útil a la estructura del susodicho de quel entonces), era “vamos hacia la victoria”, “ahora o nunca”, “todo por este momento histórico” “no se puede aceptar la dictadura cívico militar”. “Hay que luchar con todo”. Y así lo hicimos “pusimos toda la carne en la parrilla”. No sentimos la mínima compasión por el UNO persona ni nuestro entorno, léase compañera, hijos, hermanos, en fin, los otros que quizás tuvimos algún pensamiento como “que no se estaban jugando” muy erróneamente.

Les pasamos por arriba a todo eso, nuestra lucha era lo único que contaba sin consultar a nuestros hijos que quedaron en el aire por más esfuerzo que hizo la familia, etc. Que pagarían las consecuencias.

Hasta que llegó. Nos vimos rodeados saliendo del lugar de trabajo.

2- OCOA mediante por supuesto, capucha, los primeros golpes tímidos de parte de los que estaban haciendo méritos, 13 de ingenieros Instrucciones, penetramos en la nada el no existir para los otros, como nos decían. Nuestras familias desesperadas, buscándonos por cuarteles y comisarías, sin saber nada de nuestro destino, nosotros sabiéndonos seguros que nos reclamarían hasta tener información. No voy hablar de la tortura ya está dicho con detalles, no eran muy creativos.

En nuestro grupo de combate habíamos hecho el curso preparatorio

a la tortura con el Dr. Sachi y algún otro compañero “tortura sin dolor” parafraseando su propio libro “parto sin dolor” que agregado a la confianza en la línea de conducta ideológica de nuestro partido y nuestro más profundo ser, todo coadyuvó para salir reforzados del “infierno” vivido.

3- Como salida, es un paseo por varios cuarteles de caballería del 13 al 7 de caballería. Al 9 a llegar al 4. Lugares todos conocidos por mí por haber estado en ellos como alumno de oficial de reserva 10 ó 15 años antes. En este recorrido fueron iniciando el “expediente” judicial, gran pantomima y fantochada de lo real. La familia ya sabía que estábamos vivos, llegaba el famoso bolso con ropa. Estamos vivos!!! Pasaba el tiempo y más fuertes mis sentimientos, más convencido que salíamos en poco tiempo. Ahora ¿qué se entendía por poco tiempo? ¿Era lo mismo para la familia que para Uno? No, señor. Uno pensaba en años, pocos años. Para ellos eran pocos meses. Hubo falta de comunicación, que en poco tiempo sería un golpe de realidad muy duro para la familia cercana. Un dolor muy grande, que una vez más no estaba pensado con el otro.

Nos íbamos reencontrando con viejos camaradas que “vichábamos” bajo la capucha, o los reconocíamos por la voz. Nos estaban metiendo enracimados, año 77, hasta que reunieron un montón en el 9 de caballería. A mí me tocó habitación privada (aislado del resto), hasta que nos volvieron a sacar para interrogatorio (leáse tortura). Había llegado lo esperado, la confirmación del enemigo que formaba parte del Aparato Armado. No lograron hacerme firmar nada ni aceptar nada. Al compañero muy querido por cierto, le tiraron 15 años. Era un gordo como los nominaban, yo me llevé 3 que se fueron a 4 años finalmente.

Pero esta instancia de “repiteco” de la inseguridad y cristalidad de nuestras vidas se vió perturbada por la acción del o los oficiales de rango medio, uno de ellos Trabal de apellido, hijo del asesinado en Francia y el otro Silveira, que no permitieron por su responsabilidad de mi vida que nos sacaran del cuartel. Gracias muchachos (el recuerdo me emociona profundamente, lágrimas) volví rápidamente a los vagones.

En el EMR No. 1 ya seguimos el tramite establecido, isla a la llegada distribuidos entre celdario y barracas. Me tocó barracas, muy favorable,

especialmente las visitas casi regulares, que ya habían comenzado en el 4. La posibilidad de comenzar a ordenar la nueva vida que teníamos por delante, realidad muy facilitada por las estructuras armadas por los que habían llegado antes. Era cuestión de aceptarlas y meterse en ellas. Pero no todo resultaba aceptable, por lo que fui quedando como raro. Pero totalmente llevable, era diferente y respetado como tal.

Acá irrumpe en mi nueva vida mi compañera por medio de las visitas y cartas regulares y cumpliendo toda normativa para que pasaran censura (léase Britos, personaje antológico, bien elegido para seguir torturando). Era una leona a favor de mantenerme en la vida real lo más posible, la instancia la llevó a tener una hepatitis que superó en 15 días y faltó una sola visita. Grandiosa.

En la barraca desarrollamos mucho todo lo gregario de esa instancia, organizaciones, equipos, aprender a enfrentar las maniobras de los carceleros, lo que nos llevó a poder desarrollar una “vida” hasta creativa, siempre asistidos y rodeados por los hermanos de prisión. En determinado momento cierran las barracas y vamos todos al celdario. Allí quedo hasta cumplir la pena, 4 años.

4- En lo después siempre acompañado y apuntalado por mi compañera, desarrollé una nueva vida.

El 16 de abril de 1984, al menos para los fraybentinos, debiera ser una fecha fácil de recordar. Un amanecer plomizo por causa de la densa cerrazón, propio de la época otoñal, dejaba entrever no obstante que, al despuntar la mañana, el sol se haría ver en todo su esplendor, cosa que efectivamente ocurrió.

Lamentablemente, muy pronto se abatieron sobre la ciudad que se aprestaba a celebrar el 125 aniversario de su fundación, los negros nubarrones de la ignominia al correr como reguero de pólvora la noticia de que, en el Batallón de Infantería N° 9 con asiento en nuestra ciudad, habían matado a un prisionero.

A los pobladores les costaba creer que tal cosa sucediera en este tranquilo pueblo del litoral oeste del Uruguay, cuando ya los militares estaban en pleno repliegue a sus cuarteles, luego del fracaso del Plebiscito del 80' por el cual intentarían perpetuarse en el poder, y el estruendoso rugir del Río Humano que en 1983 desbordaba el Parque de los Aliados, por sobre cuyas encrespadas olas se divisaba cual faro luminoso, el Obelisco a los Constituyentes, al pie del cual fuera leída con voz trémula por el célebre actor Alberto Candeau, la "Proclama Libertaria".

Sin embargo, con el correr de las horas, nos fuimos enterando que sobre la madrugada de ese aciago día, llegaron varios vehículos del ejército, rodeando la manzana del Hospital Ángel Maximiliano Cuervo e impidiendo la entrada o salida a toda persona no perteneciente a las Fuerzas Armadas. De uno de los camiones, bajaron el cuerpo ya sin vida (según el personal de guardia), del desdichado Dr. Roslik.

A posteriori, el Dr. Saiz, actuando en carácter de alterno por cuanto no se encontraba el Forense, Dr. Duffaut, procedió a realizar una parodia de autopsia a fin de fraguar una falsa certificación sobre la causa de la muerte, dictaminando que la misma se debió a un paro cardiorrespiratorio.

Pasado algún tiempo se sabría merced a la gestión de la viuda del

extinto y la buena voluntad de médicos que supieron hacer honor a su juramento hipocrático, realizando una segunda autopsia en Paysandú, que la muerte sobrevino a causa de las torturas padecidas; múltiples golpes que entre otras secuelas, le reventaron el hígado, y pulmones llenos de líquidos, fruto de la inmersión en el tristemente célebre “submarino”, por lo general un tacho de 200 litros lleno de agua, orina y excrementos.

Por supuesto que no faltaron las quemaduras y otras evidencias de la aplicación de la no menos famosa “picana eléctrica”.

La bestia de la represión, en uno de sus últimos coletazos, terminaba con la vida del Dr. Roslik.

Estos engendros, de quienes hasta las bestias se avergonzarían, se ensañaron con este hombre. No podían aceptar que alguien que estuvo estudiando en Rusia, ¡No confesara la tenencia de armas de exterminio masivo!

Necesariamente tenía que ser un terrorista, sedicioso, subversivo y ellos sabían cómo hacerlo confesar. Se les fue la mano; ¡Lo mataron!

La Federación Médica del Interior – FEMI – entre otros conceptos decía al respecto. “El crimen cometido contra Vladimir Roslik, es un crimen contra la sociedad civilizada. Es una peligrosa regresión que avergüenza y duele. Supone un trastocamiento de los valores humanos, difícil de concebir a esta altura de la civilización. Los que lo cometieron, tendrán que cargar con esta cuenta sobre su conciencia – si la tienen – y deberán llevar sobre sus hombros, la carga de haber quebrantado la norma humana, para descender a la bestia”.

Washington Beltrán en Editorial de Diario El País decía: “No nos sustraeremos al conjuro emocional. Sentiremos ese frío que recorre el cuerpo con un estremecimiento tembloroso. La sensación de algo que se desploma, como una esperanza; el padecimiento que provoca la eventualidad de un contacto con lo hórrido. ¿Es que en este Uruguay de 1984, un ser humano puede?... ¿Es que? ¡No! ¡No puede ser! El pueblo no lo quiere creer. Y demanda explicación. Rápida. Que se proporcionen todos los informes, se le den todos los datos para demostrar que no hemos regresado a la noche de la impiedad y la deshumanización”.

El 23 de Abril de 1984, el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado aprueba una declaración en la cual se revela “hondamente preocupado por la muerte del vecino de la localidad de San Javier Dr. Vladimir Roslik y reclama un inmediato esclarecimiento de la situación, la publicación del testimonio de todos los médicos presentes durante la autopsia practicada y demás elementos de juicio que puedan referirse al caso aún pendiente, sobre varios otros detenidos, en las garantías procesales normales. Más allá de cualquier circunstancia política, los valores morales en juego y los deberes de toda institución del Estado imponen esa rápida aclaración, que no debe dilatarse en el tiempo, ni postergarse en función de actuaciones judiciales futuras”.

El Director del Partido Nacional, Juan Pablo Croce expresó: “Es imperioso que las autoridades den a conocer a la opinión pública los resultados de las autopsias practicadas a Roslik y que se haga justicia. Este episodio es aleccionador y debemos exigir todos que se sepa la verdad, que se haga justicia, ya que la vida humana es sagrada”.

Al mencionar las manifestaciones de los representantes sociales y de los distintos Partidos Políticos, lo hago con la bronca propia de quien no entiende qué es lo que impide a los Curules del Departamento de Río Negro, ponerse de acuerdo dejando de lado los mezquinos intereses sectoriales y designar una calle o paseo público de Fray Bentos, con el nombre de Vladimir Roslik, último mártir de la dictadura, asesinado en nuestra ciudad en vísperas del retorno de la Democracia.

No ha de ser por no contravenir posturas partidarias por cuanto todos repudiaron el hecho y aún hoy, fuera del ámbito donde debieran tomar la resolución al respecto, todos se manifiestan de acuerdo con que será de estricta justicia incluir en el nomenclátor fraybentino, el nombre del Dr. Roslik. ¡Han pasado 31 largos años y creo que es tiempo de dejarse de dilatorias y acordar la inclusión en el nomenclátor, del nombre de este médico sanjavierino asesinado en el Batallón de nuestra ciudad.

Sus torturadores y asesinos, nunca fueron juzgados y se pasean libremente por las calles fraybentinas.

No faltan quienes alegan que no es bueno reabrir heridas. ¿Cómo

reabrir una herida que no ha cerrado, de un crimen impune archivado por la justicia porque, por si no fuera suficientemente atroz su asesinato bajo torturas, ello se dio en el umbral del retorno de la Democracia y esto dio pie a los súper leguleyos para archivar el caso, ignorando que los crímenes de lesa humanidad no prescriben?

Permitanse parodiar brevemente esta enseñanza de Bertolt Brech: “¡Vinieron por los judíos! – cuestión de razas y credos – ¡Ayer llevaron a los comunistas! – algo habrán hecho -. ¡Hoy golpean a mi puerta; que tarde me doy cuenta!”

¡Que no haya sido en vano el precio que tantos uruguayos pagaron por defender la Democracia!

Eterna paz a todos aquellos que ya no están y que nuestro pueblo mantenga viva la memoria de Valodia, el querido doctor sanjavierino y que, tal cual deseara el Senador Luis Bernardo Pozzolo, “muy pronto vuelvan a soplar los vientos sanos y el ruido dominante sea el de los tractores arando la tierra y que quien quiera, pueda ver florecer en su jardín un girasol.”

Crueldad e infamia en los años duros.

Ofelia De Ávila

El año 1972 culminó a nivel nacional con un movimiento fermental en lo político, con ánimos agitados, al crearse el Frente Amplio en total oposición a los partidos tradicionales. Muchos jóvenes iniciamos el año 1972 con nuevos bríos, convencidos de que todo esfuerzo era poco para, entre todos, emprender la tarea de construir una sociedad mejor. Nuestra lucha se cifraba en ayudar al carenciado, porque los pobres eran cada vez más pobres y unos pocos ricos, cada vez más ricos. Esa injusticia social dolía. Ese dolor lo sentíamos profundamente los maestros, cuando la realidad “niño” nos enfrentaba a problemas de vida, exteriores a la escuela. El medio que rodeaba a los niños contribuía muy poco a su formación. Los padres debían trabajar los dos o no tenían trabajo. Esa primera etapa, fundamental para su futuro desarrollo, por razones económicas, laborales o de estructura familiar, no tenía posibilidades de integrarse positivamente con la labor de la escuela primaria.

En el medio rural, la escuela, los maestros, debían suplir carencias materiales, asistenciales, con escasos recursos disponibles. Cada día el optimismo era herramienta imprescindible en la planificación, aplicación, experimentación de su labor docente. Esta labor, realizada en una escuela de “puertas abiertas”, debe contemplar las condiciones de vida del campo, cultivando actitudes y aptitudes tendientes a lograr una mejor información y formación, en una relación de intercambio, porque el maestro da y recibe. La siembra es recíproca. Esta fue siempre mi forma de trabajo como maestra vocacional, dedicando con mucho amor mis mejores años, días y horas a la escuela rural.

Nada de esto fue tenido en cuenta por quienes reprimieron, desconociendo toda forma de libertad, sembrando el terror.

En la primera semana de mayo de 1972, viajé a mi escuela rural, como lo hacía cada semana. Algunas veces me acercaba un vecino en

su coche. Fue precisamente uno de esos días que, a cierta altura del trayecto, en pleno campo, al cruzar una portera, se acercó un policía a caballo, quien, dirigiéndose al conductor, le informó que se buscaba a una mujer que andaba “a monte”. Que debían detenerla por ser una tupamara. Le pidió que, si la veía, le avisara. Solamente a un policía de campaña se le podía ocurrir semejante solicitud.

Esa semana, el viernes 12 de mayo, luego de realizar algunas tareas curriculares durante la mañana, en la huerta, con todos los niños, en la tarde se elaboró un regalo para entregar a las madres el día domingo. Se trataba de una tarea sencilla pero su ejecución fue más allá del horario escolar. Fue entonces que, sorpresivamente, un pelotón de varios militares con vehículos y perros rodearon la escuela. Ante tal situación solo pude decir a los niños que tomaran todos sus útiles y fueran a la casa más cercana. Entre ellos debí consolar a quienes de lunes a viernes vivían conmigo en la escuela porque sus casas estaban muy lejos. Los niños salieron corriendo, asustados, algunos llorando. Los militares no me permitieron despedirme de ellos adecuadamente, ni tampoco llevar algunas de mis pertenencias. Insistieron en que debía dejar todo como estaba. No obstante, pude asentar en el libro diario lo acontecido.

Llegué al Batallón de Infantería N° 10, en la ciudad de Treinta y Tres, encapuchada. Fue entonces que pude oír algo del informe dado por quienes me sacaron con tanta violencia de la escuela. Algunos de ellos habían ido a la casa del vecino más cercano diciendo que todo era positivo, que se admiraban del trabajo realizado en la huerta, comparándola con un jardín...

Luego me llevaron a un gran salón donde había muchos detenidos, todos encapuchados. De allí nos trasladaban a otros lugares; uno de ellos era la Plaza de Armas, en plantón, para ser interrogados.

Unos días después varios fuimos llevados en avión a Montevideo para ser juzgados. El trato del juez fue tan cruel e infame como el empleado por los militares en el interrogatorio. A gritos, sus improperios se oían desde los distintos sitios en el CGIOR. Cuando me llegó el turno, entre otras acusaciones, se me inculpó de “corruptora de párvulos inocentes”.

¡Qué lejos estaba este señor del quehacer educativo! Cabe preguntarse si él mismo era un digno egresado de nuestro sistema de enseñanza.

Los detenidos estuvimos, durante toda la dictadura, expuestos, desde el principio al fin, a esta situación de ignominia. Hasta el momento de nuestra libertad fuimos constantemente agredidos, amenazados... se sentían poderosos dueños de la vida. Recuerdo mi egreso del Penal de Punta de Rieles. El oficial a cargo me despidió diciendo: La próxima vez no vas a sentir el perfume de las margaritas, las vas a abonar.

Corría el año 1974, uno de los años más duros de la dictadura. Estudiantes asesinados en las calles, secuestros, desapariciones, torturas en los cuarteles eran moneda corriente por esos días.

Nuestra casa quedaba en el barrio de Sayago, y allí vivíamos nuestra madre María, mis hermanas Mirtha y Alba, mi hermano Walter y yo. Desde hacía varios días el clima estaba enrarecido. Habíamos observado movimientos extraños de coches en el barrio, personas que no eran habituales por esas calles. Y helicópteros sobrevolando las casas. Montevideo estaba sometida por esos tiempos a operaciones continuas de las Fuerzas Conjuntas.

Era 3 de mayo por la mañana, alrededor de las 9. Sin aviso, ni alerta, ni nada que se le pareciera, irrumpieron en la casa hombres armados con metralletas realizando un despliegue militar amedrentador, seguramente una táctica utilizada para infundir miedo a las cuatro mujeres que estábamos allí. Entre tanta confusión y temor, hay una imagen que me quedó fijada en la retina y que me serviría para identificarlos después: vestían ropa de fajina color azul. La operación era dirigida por un coronel y un capitán. Mientras nos tenían a las cuatro en el comedor, interrogándonos y presionándonos para saber dónde estaba mi hermano, si había armas en la casa y donde estaban, registraban la casa dando vuelta absolutamente todo: tirando los colchones fuera de los cuartos, abriendo y vaciando roperos y armarios de todos los ambientes. Otro grupo recorría el patio y el fondo de la casa. Entretanto, nosotras seguíamos en el comedor y no nos permitían salir. Nos invadía la angustia e incertidumbre acerca del paradero de mi hermano. Tratábamos de estar calmadas a pesar de que buscaban con sus preguntas implicarnos y confundirnos de alguna forma. Mi madre, que todo el tiempo se mantuvo serena, les respondía que no sabíamos nada.

Cuando por fin terminó el allanamiento, se fueron de la casa sin

decirnos en ningún momento que ya tenían a mi hermano, que ya lo habían secuestrado. Días después nos enteramos por los vecinos que mientras estaban allanando la casa e interrogándonos, mi hermano había sido bajado de una furgoneta, esposado y custodiado, y lo habían puesto con la cara contra el cerco para que viera, supiera y presenciara el operativo.

Ese día comenzaba una pesadilla que primero duró seis meses, el tiempo que mi hermano estuvo desaparecido, y que se prolongó luego por once años, cuando logró ser “blanqueado” como preso político.

Los primeros meses pueden resumirse en un cotidiano peregrinar en busca de alguna información sobre Walter. Pasamos por el Ejército, la Marina, la Aeronáutica: con mi padre habíamos deducido que por el color de los uniformes tenía que ser de la Aeronáutica. Fueron meses de preguntas y búsquedas sin respuesta, de recibir el desprecio, la burla y el cinismo de los que habían roto el orden constitucional.

Un día, después de muchos meses, por fin llegamos a Boiso Lanza: un amigo de la familia tenía un hijo coronel que nos concedió una entrevista. Ahí nos confirmó que Walter estaba detenido e incomunicado. Más allá de lo terrible de la noticia y de la angustia que nos invadía, para nosotros fue un verdadero alivio: Walter estaba vivo. Sabíamos que lo estaban torturando pero yo conocía a mi hermano y estaba convencida que iba a ser consecuente en sus ideas. Sin embargo, en ese contexto también sabía que seguramente la estaba pasando muy mal.

Todos los días nos presentábamos en la caseta de la guardia insistiendo para solicitar hablar con los responsables a cargo. Uno de ellos era el capitán que había estado en mi casa. Lo reconocí ni bien lo vi. Él mismo me dijo cínicamente que mi hermano “estaba aguantando”. Se sabían impunes. Pasados los días de tanta insistencia finalmente nos permitieron llevarle abrigo, toallas y otros elementos de higiene. Mi madre se convirtió en una mujer tremendamente inmensa, fuerte, contenedora y llevó adelante la organización de las cosas que le llevaríamos a Walter, eligiendo su ropa, pensando en darle un poco de calor en ese invierno tan duro. Éramos cuatro mujeres tratando de tener esperanzas, de no

perderlas, guiadas por ese espíritu de mantenerse de pie, de no bajar los brazos que tenía nuestra madre. Un día, mientras lavábamos la ropa de Walter, encontramos en un dobladillo un “los quiero”: lo había escrito en secreto, a escondidas, y vaya a saber con qué, y era una confirmación de que a pesar de las cosas por las que estaba pasando, las torturas espantosas a las que era sometido, tenía la energía para darnos ánimo a los que estábamos afuera.

El calendario ya había corrido hasta noviembre. El día 4 Walter había cumplido sus 24 años. A fines del mes nos notificaron que íbamos a poder verlo. Lo trajeron muy maltrecho y apenas podía caminar. Lo vimos, lo tocamos, lo sentimos: después de meses de incertidumbre pudimos por fin fundirnos en un abrazo todos juntos, y lloramos. Después del inmenso peregrinar de tantos meses, lloramos por primera vez en público, abrazados.

A partir de ahí comenzaría otra agonía, cuando Walter fue trasladado al penal de Libertad.

A Mariene

Las horas blancas a plomo, insoportables.

Horas de mármol cortadas por el filo de la piedra, el grito que lastima, el maltrato que machuca, morada la piel de ese golpe y de frío.

Es el calabozo. Tiritita el tiempo de miedo por exceso.

Quilómetros de distancia entre la leche y la comida, a veces mojada ésta por la angustia de no poder morderla. El día de la carne llega con cuchara y habrá de ser roída, fracaso sin el alivio del perro que la entierra, guarda el hueso; menos que el perro por no poder esconder la derrota. Menos que el perro: hormiga, bosta.

Voy a tocar un rato.

Ensayo en mi guitarra evocada los acordes. Canto bajito y ensayo. No me da. La mano derecha todo bien; la izquierda se apoya en el aire y se equivoca. Otra vez desde el principio. No, no da.

Muy frío el piso pero es imprescindible. Mi profe justo enfrente, en el calabozo a mi alcance.

Bajaré al renglón. Al alfabeto dibujado con el sabio movimiento de las yemas de los dedos, bien recostadas en esa rendija que queda entre puerta y suelo. Tengo que acostarme en el piso y para leer, acomodar el ojo. Iré allá abajo, donde al final de hierros, candados y mirillas hemos construido un delicado renglón; allá donde convocamos la cordura cuando la garganta amenaza apretar y apretar.

Tengo que extremar cuidados para que no le caiga el borrón, el negro de las botas atravesándose vigilantes por el pasillo. En caso de sombra o ruido, el salto al vertical debe ser ágil; mi “cara de nada” se pondrá sola, acostumbrada.

Control a la guardia: no se escuchan botas.

Al piso, suelo helado; tampoco se ven botas: adelante.

Toso: toco timbre. Mi amiga enfrente, alerta, me atiende. Baja.

–Me falta un acorde para “era fiesta familiar”. Entre el re menor y el si menor falta algo.

–Esperá.

Mi amiga ensaya. Tomará para ayudarme su también evocada guitarra. Estará tarareando bajito atenta a la mano izquierda.

Tose. Cuerpo a tierra.

–Probá do maior (hay que ahorrar letras).

–Esperá.

Me paro.

La soldado grita algo que no se entiende; que no me interrumpa.

¡Sí! ¡Es do mayor!

Citaré aquí mi experiencia para realizar un informe de fin de curso en la Facultad: mi propia historia.

Buscaba información sobre datos oficiales del libro “Investigación histórica sobre la dictadura y terrorismo de Estado” escrito por Álvaro Rico y su equipo. Me interesaba saber más respecto del tema de menores que fueron suspendidos, detenidos de liceos públicos durante el período dictatorial. Seleccioné los meses de setiembre de 1973, junio de 1975 y marzo de 1976. Sabía que la prensa escrita de la época, los diarios “El Día” y “El País”, tendrían información sobre el tema que buscaba. Saqué todo lo referente a Secundaria y a estudiantes. Comencé por buscar datos sobre estudiantes del liceo Zorrilla. Cabe aclarar que por estar involucrada en acontecimientos pasados del liceo hace ya años que vengo buscando información. Hace aproximadamente 10 años atrás fui a todas las dependencias del Consejo del Niño (hoy INAU) a pedir datos sobre los menores detenidos en dicha institución en el mes de octubre de 1975. Según los funcionarios que me atendieron, no existía ningún archivo con esos datos.

Años atrás encontré a un compañero que también había sido suspendido, detenido y llevado al Instituto de menores Álvarez Cortez. Me contó que en el edificio del Consejo del Niño de la calle Cerro Largo, él y otros menores encontraron sus fichas. Me dirigí a dicha dependencia, solicité hablar con el responsable y le conté mi historia. Anotó mis datos y quedó en comunicarse conmigo en caso de que encontrase alguna información. Minutos después me llamó al celular y me informó que existía una ficha con el número tal pero que llevaría muchos meses localizar el expediente pues se estaban mudando y no tenían personal suficiente para encontrar dicho expediente. Volví a la dependencia y expliqué de mi experiencia en trabajos de investigación y solicité autorización para buscar el expediente junto a otra colega.

La pieza donde se encontraban los archivos de décadas era una pieza húmeda y sin ventilación. En esos días se había fumigado y el olor al producto junto a “lo viejo” y la humedad era insoportable. Se nos mostró un armario donde las carpetas estaban numeradas y colocadas por serie en bolsas. Inicialmente trabajamos con guantes y tapabocas pero a medida que trascurrían los días nos fuimos acostumbrando a los olores y el polvo. Íbamos diariamente y trabajábamos como mínimo de 4 a 6 horas diarias. Descubrimos varias cosas: en algunas carpetas aparecían nombres repetidos de niños que no eran la misma persona y que el expediente estaba en lugar equivocado. Esto indicaba que el número de expediente que aparecía en la carátula no fuese seguro. A partir de ese momento revisamos nuevamente folio por folio los expedientes ya vistos. Encontramos hojas sueltas dentro de expedientes que indicaban que fueron guardadas en ellos sin verificar si era el lugar correcto. Algunos expedientes estaban incompletos faltándole datos. En la mayoría de las carpetas los folios no estaban numerados. Muchas hojas eran ilegibles por la acción del tiempo: humedad, hongos o desaparición de lo escrito por tratarse de escritos hechos manualmente. Carpetas con nombre y número pero que dentro no tenían nada y carpetas solo con un número y que tampoco tenían nada dentro. Al mes aproximado de búsqueda encontramos bolsas con carpetas numeradas y que contenían los números anteriores y posteriores al mes y año y numeración que buscábamos.

El único funcionario que en poquísimas ocasiones nos ayudó un rato, era un funcionario con capacidad diferente y su motricidad era muy reducida.

Quedaba aún una pieza (un corredor) donde el olor nauseabundo y la mugre estaban en total armonía. Cansada de buscar en la pieza que estaba, me propuse empezar a buscar en ese otro lugar. Casi no había espacio para movernos. Las bolsas amontonadas de cualquier forma, nos obligaron a hacer un trabajo de equilibrio y fuerza en varias ocasiones. Papeles totalmente húmedos y con hongos, hojas rotas, muchas ilegibles, otras sueltas y otras quemadas, húmedas y con hongos. Este lugar era uno de los archivos del Estado que contenían información de miles de

niños y adolescentes que pasaron por los albergues. Con un número totalmente diferente al dado por la responsable del archivo y transcurridos más de dos meses, encontré el expediente.

En dicho expediente aparece el motivo de ingreso: supuestamente, problemas familiares. En la última hoja, posible vinculación gremial estudiantil. A su vez, en el informe dado por el Ministerio del Interior aparece acusada por la Directora del Liceo por haberla agredido. Por testigos de la época se sabe que fue un acto totalmente pacífico y sin disturbios donde se leyó a la directora lo que el estudiantado solicitaba.

Analizando lo antes expuesto, vemos que existen varios cuestionamientos al respecto. ¿Por qué se negó la existencia de documentación? ¿Fue por falta de voluntad del funcionario que atendió la solicitud? Años después, cuando se vuelve a solicitar información y se da el número de expediente: ¿el responsable sabía que no existía tal expediente con ese número o desconocía el hecho? Ya con el documento en manos la información es contradictoria por parte del Estado. Podríamos preguntarnos: ¿Cuál es la información verdadera?

Sabemos que el investigador y el historiador deben desconfiar de la información y que su papel es justamente encontrar la veracidad de lo sucedido. El archivo en este caso dejó serias dudas sobre la veracidad de los hechos; a través de la historia oral se pudo reproducir lo sucedido. Vemos aquí un ejemplo donde el testimonio, la Historia Oral es de extrema importancia para desentrañar la veracidad de informaciones dadas oficialmente por el Estado.

Corría el año 1973. Yo cursaba como internado el año básico en la Escuela Agraria “Don Orione” en La Floresta. Después cursé dos años más en la Escuela Agraria de Lechería de Colonia Suiza. Así era el programa de UTU para dicha carrera.

En 1973 en la Escuela “Don Orione” también estudiaba Juan José Méndez, hijo del Gral. Juan José Méndez y hermano del actual Cnel. Retirado Armando Méndez. También estudiaba en ese año en dicho centro de Estudios Tito Heber, hijo del ex Senador Mario Heber y hermano del actual senador Luis Alberto Heber. En una ocasión hubo un evento en la Escuela Agraria “Don Orione” donde concurrieron familiares de los alumnos; en determinado momento advertí cierto diálogo entre el Gral. Méndez y Mario Heber. No pude oír el diálogo pero sí percibir la energía del mismo. Percibí que el general Méndez trató de congraciarse con el ex Senador Mario Heber. Este rechazó tal intención y el Gral. Méndez quedó un poco ofuscado.

Como ya mencioné, en el año 1974 continué mis estudios en la Escuela Agraria de Lechería, Juancho Méndez también. Ambos estábamos internados de lunes a viernes; en el comedor nos sentábamos en mesas de ocho alumnos, Juancho se sentaba en la misma mesa que yo.

Los fines de semana en que no estaba de guardia yo viajaba a Montevideo o a Fray Bentos. Un día viajando hacia Montevideo me surgió una erupción en ambas manos de color rojo y con picazón. Después advertí que la erupción me había salido también en los dos pies. Fue una erupción que salió en un segundo, similar a las transformaciones que sufría “Hulk” el hombre verde.

El dermatólogo que me atendió hizo los análisis pertinentes. De dichos análisis surgió que el motivo de la erupción era un veneno muy difícil de encontrar en el sistema comercial.

Otro día, al poco tiempo de haberme recuperado, sonó la campana

en la Escuela de Lechería. Indicaba que estaba pronto el almuerzo. Fuimos pasando al comedor, la sopa estaba servida como siempre, antes de sentarnos en nuestros respectivos lugares, ese día no quise tomar sopa. Uno de los compañeros que se sentaba en la misma mesa estaba hambriento. Se había levantado a las tres de la madrugada para trabajar en el tambo. Me pidió la sopa y yo accedí; al otro día le salió la erupción en la cara. Me culpaba de haberlo contagiado.

El único que podía haber conseguido el veneno de difícil comercialización era Juancho Méndez, a través de su padre o su hermano.

En 1972 yo integré un CAT en Fray Bentos y fui procesado como menor infractor. En el año 2012 en el Archivo General de la Nación me proporcionaron una ficha que tenía la OCOA de mi persona, donde había un código para ir a otro archivo que fue destruido.

En conclusión, si los Méndez o la OCOA se preocuparon por poner veneno en la sopa de un insignificante estudiante de 20 años, es de suponer que también enviaron los vinos envenenados cuyo desenlace fue la muerte de la señora del senador Mario Heber.

Aunque haya leído, releído, oído, escuchado, reescuchado, demasiados testimonios, relatos, versiones de lo más disímiles sobre lo que ocurrió en la época de la dictadura - por parte de decenas de humanos de este país - nada se sobrepone a lo que me tocó vivir. Sí, fui protagonista desde adentro y no desde afuera de la cancha y eso me da derecho a intervenir en discusiones, defender a rajatablas mi postura, desechar, recopilar y aceptar las diferentes posturas que adopten los unos y los otros, los del medio y los más o menos. No soy historiadora ni politóloga, ni socióloga ni afines, aclaro. Tampoco soy de los uruguayos que más la padecieron y aquí va mi mayor respeto a los que la pasaron peor y a aquellos que vivían o aún viven en la incertidumbre de qué pasó y/o en el dónde está, a los presos, a los torturados, a los desaparecidos y a sus familiares, a los muertos y a aquellos que realmente padecieron el exilio. Por esto, aclaro, que voy a referirme en este caso, a mi experiencia personal. En lo posible, circunscribirme a lo que me tocó vivir.

A muy corta edad mi juventud explotó, se hizo trizas. Yo vivía bastante conforme y cómoda porque cumplía con mis responsabilidades familiares, con mis estudios y había encontrado el lugar perfecto donde canalizar mis rebeldías. Estaba convencida totalmente que iba por el camino correcto, creía en el Hombre Nuevo y había conseguido insertarme en el camino que me llevaría a luchar por una vida nueva para todos, por una causa justa. El convencimiento me llevó a jugarme el todo, la seguridad de mi familia por sobre todo, porque la mía (con la complicidad del hormonalismo adolescente) había superado temores, castigos, represalias y lo que fuese.

Mi mundo dejó de ser mi mundo. Las calles delataban la lluvia en un día de calor ferviente. La gente había pasado de ver a los caballos corriendo a toda velocidad por las veredas y dentro de los bares con su jinete bamboleando la cachiporra al silencio cómplice de la paz, sí, el que genera el miedo, el terror. Es más, se parecía a la paz de los silencios,

que en definitiva no es paz si no ese lastimoso sentimiento que generan los cementerios.

Era relativamente consciente de las consecuencias que implicaba, pero estaba dispuesta a correr todos los riesgos. Con eso de “relativamente” me refiero a que nadie o casi nadie podría tener la certeza de lo que iba a suceder. Todo era riesgoso, eso sí lo sabía. Había indicios muy claros, pero no me arrepentía de nada de lo que hacía más allá de cuestiones puntuales que podía superar.

Sí, todo se tornó del rosa al gris. La impotencia se apoderó de mí. El informativo era casi imposible de ver y escuchar, en mi caso por la cantidad de tareas que cumplía. De todos modos me enteraba por otros lados. De pronto llegó la orden que había que suspender todo. La cosa venía de nalga y no era joda. Entonces me pegué a la radio y al televisor. Del primer comunicado no entendí mucho, pero poco a poco cuando desperté, me fui dando cuenta de la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Venía el “comunicado de las fuerzas conjuntas” y con temblor había que esperar a quien le tocaba esta vez. Todos eran dolorosos, pero como somos egoístas por esencia, esperábamos que no fuera conocido y menos allegado o familiar.

Para aquellos que no se animaron, que no se atrevieron, que vichaban desde un rincón o desde el lado de adentro de la ventana dejando asomar apenas una lucecilla para ver lo indispensable sin ser advertidos, para ellos fue un alivio en sus conciencias. Los diálogos inertes se escuchaban a viva voz y aquellos más profundos apenas se percibían porque también se transformaron pero en susurros, oreja contra oreja.

Aparecieron entonces “las medidas prontas de seguridad” y con ellas una serie de medidas que coartaban todo tipo de libertad ciudadana. Los jóvenes no podíamos permanecer en la calle más allá de las cero horas, ni permanecer más de dos o tres personas juntas.

Violamos el dictamen varias veces hasta que atrapados marchamos a la séptima seccional. Despertar a nuestros padres sobresaltados y darles normas sobre su patria potestad era el cometido y tarea de las autoridades. Pero Carlos, ya había cumplido los dieciocho años y esa era nuestra preocupación; él sí permaneció en el calabozo. De la infamia surge la lealtad y viceversa. Pudimos salvarlo de aquel material diminuto

que llevaba en su bolsillo destinado a comunicarse con compañeros que, por pura ineptitud, la policía, no logró captar.

Al día siguiente, la mañana continuaba gris.

Mi mundo seguía siendo otro. A los compañeros de clase los veía lejanos aunque los tuviese al lado varias horas. Sus palabras entraban pero rebotaban y no entraban por más que hiciera el esfuerzo. Sus conversaciones me resultaban vanas y vacías de contenido. Sus intereses, evidentemente no eran los míos. No los culpo, eran demasiado jóvenes. Después de todo no eran más que el producto de un trabajo fino y premeditado donde el individualismo y la atrofia mental debían prevalecer y ser incentivados. Siempre tuve alguna amiga con la que me compenetraba más, pero siempre estaba el pero de que en cuestiones políticas no se podía hablar. Me sentía como sapo de otro pozo.

Con los compas nos seguimos encontrando, pero de a poco cada uno siguió su camino. Con algunos, los que emigraron nos seguimos carteando, aunque la vida gira nos seguimos carteando pero cada vez fue más espaciado mientras cada uno seguía su camino.

Recuerdo la humillación que sufrimos algunos cuando las autoridades del liceo nos ridiculizaron imponiéndonos como uniforme una túnica celeste, polleras largas y a los muchachos el pelo corto “que no llegara al cuello”. Una militarización humillante. Esbozo una mueca de alegría al recordar cómo nos ingeniábamos para tomar mate en el fondo del salón. Y los varones burlar una melena con ondulines hacia arriba y cabello engominado.

Milité en la clandestinidad de las más diversas formas. Los más comprometidos se las ingeniaban para cranear todo tipo de accionar. No paraban de sorprenderme.

Uno de los colmos fue el día en que tuve que realizar un trámite público y me exigieron que presentara la “fe democrática”. Bien, me presenté ante la comisaría correspondiente y cuando la fui a retirar decía “categoría B” (había hasta “C”), por lo que con dieciséis años no pude cumplir mi objetivo.

Por los que pusieron aunque sea su granito de arena por el “HOMBRE NUEVO”.

Precisamente en el momento en que estoy escribiendo este relato, tomo conocimiento de la siguiente anécdota. “Alguien que viajaba todos los días en un ómnibus urbano, notó que cierta señora anciana, todos los días arrojaba semillas por la ventanilla. Intrigado, le preguntó por qué lo hacía ya que los pájaros y la lluvia se las llevarían. A esto, la señora respondió; - Siempre que se siembra, algo queda -. Luego de un tiempo, notó la ausencia de la anciana y al mirar por la ventanilla, vio que en la vereda hacia donde aquella arrojaba las semillas, habían nacido hermosas flores.”

Motivado por esta bella enseñanza, es que intento realizar un relato que pueda servir para quienes no debieron padecer las secuelas propias de lo que fueran las Medidas Prontas de Seguridad, seguidas del golpe de Estado que impuso la dictadura Cívico Militar. Relato algunos hechos que, pueden dar una idea aproximada de lo que los uruguayos debimos padecer según fuésemos militante sindical, político o ciudadano bajo sospecha.

Aunque brevemente, mencionaré, para una mejor comprensión del porqué de algunos acontecimientos que la Central Única de Trabajadores – CNT – de nuestro país, había resuelto ante la creciente ola de golpes de Estado, principalmente en América del Sur que, en caso de que tal cosa sucediera en nuestro país, inmediatamente se declararían la “Huelga General”.

Tampoco se logrará entender correctamente la sucesión de los hechos si no se tiene conocimiento del surgimiento por aquellos años, del Movimiento de Liberación Nacional – MLN -, el que, acciones armadas mediante, procuraba crear las condiciones para derrocar la burguesía criolla, fiel a los designios del imperialismo Norteamericano.

Luego de la asunción de Pacheco Areco a la Presidencia de la República, en el año 1967, a raíz del fallecimiento del Presidente

electo Oscar Gestido, se suceden las Medidas Prontas de Seguridad. Y recrudece la represión contra las movilizaciones obrero-estudiantiles en las que, entre otros, son asesinados los estudiantes Liber Arce, Susana Pintos, Hugo De Los Santos y el obrero municipal, Arturo Recalde.

En el año 1972, las “Fuerzas Conjuntas” declaran a través de sendos comunicados que, habían derrotado a la Sedición y desmantelado el aparato armado y de apoyo del MLN. Sin embargo, es en el año 1973 que se da el Golpe de Estado, disolviendo las Cámaras y comienza la cacería sañuda de militantes sindicales y políticos.

En cumplimiento de la resolución de la CNT, inmediatamente se declara la Huelga General con la ocupación de fábricas, UTE, ANCAP, Bancos, Puertos, Frigoríficos, etc, desalojados en forma violenta por los militares y vueltos a ocupar durante 15 días.

Los Cuarteles desarrollaban a pleno su función de centros de torturas, donde todos necesariamente debíamos ser culpables de “Atentado a la Moral del Ejército y la Armada” (lo más barato pues, si te aplicaban “Atentado a la Constitución”, podían ser 30 años con 15 de Seguridad), por el hecho de resistir a la Dictadura. ¡Tenían el tupé de proclamarse defensores de la Constitución!

Los métodos empleados por los esbirros dictatoriales, empezaban por “El Plantón” y luego progresivamente, “Picana, Submarino”, controlado por el Médico Militar a fin de asegurar que el prisionero no se desmayara, logrando con ello un respiro.

Mi caso no fue de los peores; capturado por ser dirigente del Partido Comunista de Rio Negro, torturado en El Batallón de Infantería N° 9 de Fray Bentos, luego trasladado al de San José y finalmente alojado en el “Penal de Libertad” durante un año y medio.

Transcurrido ese tiempo, fui dejado en libertad vigilada debiendo presentarme todos los días lunes, a firmar en el “Batallón”.

Para colmo, al presentarme en la oficina de la Administración Nacional de los Servicios de Estiba, en mi carácter de obrero portuario, se me entrega una nota emitida por el Prefecto del Puerto de Fray Bentos, en la que dice: “Pláceme comunicar a usted que ha sido destituido de su

puesto como estibador portuario, en mérito a su proceder antipatriótico”.

Comienza entonces la dura lucha por sobrevivir y mantener a la familia.

Tuve que emigrar a Montevideo en procura de trabajo pues, en mi ciudad, nadie quería quemarse dándome la oportunidad de ganarme el sustento por temor a ser acusado por los mandamás de turno.

Tampoco fue fácil la vida en la capital aun cuando desconocidos pues, en mi carácter de LV (libertad vigilada), al tener que presentarme a firmar todos los días lunes en el Batallón Florida, por lo general quedaba sin trabajo pues, en la construcción es muy mal visto el hecho de pegar el faltazo un lunes.

Al relatar estas peripecias, no pretendo en absoluto posarlas de mártir. Muy por el contrario, señalo el hecho de que otros padecieron 10 y 12 años de cárcel, a otros los mataron y a unos cuantos luego de ejecutarlos y enterrarlos, los “desaparecieron” hasta el día de hoy, negándoles a sus familiares el consuelo de poder darles sepultura digna.

La mayoría de los sobrevivientes obtuvieron la libertad el día en que los militares golpistas debieron regresar a sus cuarteles.

A mi se me tipificó el delito menor, por ser tan obtuso de sostener que se trataba de una dictadura cuando, según los ilustrados, se trataba de un “Gobierno De Facto”.

No se enteraron que, de puro bruto, yo decía que era un Gobierno nefasto.

A través de este breve relato, pretendo más que nada aportar conocimiento de lo que debieron padecer los uruguayos que en alguna medida, nos resistimos a los designios dictatoriales, no por el mero hecho de hacer que se conozcan sino con la intención de que pueda servir a los jóvenes de hoy, ayudando a que sepan lo que fue la dictadura y tengan presente que, al igual que toda enfermedad, comienza a manifestarse a través de ciertos síntomas.

Nuevamente hoy, el Imperialismo arremete contra los países con gobiernos progresistas o con pueblo movilizado en procura de ello.

Por otro lado, no se puede desconocer cuánto han logrado imponer el individualismo castrante que divide y plantea como un fin a perseguir,

el que cada uno se preocupe por su bienestar en forma aislada, dejando que cada cual resuelva sus problemas.

Y no es menos preocupante la actitud de una gran cantidad de políticos que, en aras de sus intereses mezquinos, siembran el descreimiento, principalmente entre los jóvenes. A tal punto hemos llegado que, incluso hoy se publicitan encuestas en el sentido de que los uruguayos dan más crédito a los Comandantes que a los Políticos.

Por si poco fuera, hasta sale un Tiranosaurio Militar, en un acto realizado con motivo del 5to Encuentro Nacional de Militares Retirados, en Florida, un Coronel (R) Edil suplente además, cuestionando un impuesto emanado de la Reforma de la Caja Militar, que según su opinión es injusto y en ancas de ello, tras emitir sendos cuestionamientos al gobierno de turno, pasa a trazar un paralelismo entre los Tenientes de Artigas, prisioneros en Isla de las Cobras, en Brasil, a quienes el Jefe de los Orientales, en su retirada al Paraguay resuelve enviarles 4.000 Patacones del ejército y 5 onzas de oro de su pertenencia.

Este ilustre cavernícola, tiene el tupé de comparar a aquellos a quienes Artigas enviara aquel aporte solidario, con sus camaradas retirados que “por el fatalismo agrario de mezquinas circunstancias en que les tocó vivir, hoy se encuentran privados de su libertad”. Tras recibir la ovación de familiares y congéneres, profirió esta sentencia: - POR AHORA, EMPEZAMOS A VOLVER -.

Para que no puedan cristalizar los apetitos golpistas de estos gorilas, es que ofrezco este modesto aporte con el deseo de que fructifique la siembra y nuestra juventud no se vea sorprendida. ¡Que no sea tarde cuando quiera reaccionar!

Carmelo era un tano bajito, hijo de Pepina y de Luiggi. Sus ojos se abrieron a la vida en un barco italiano, precisamente en la bodega, único lugar donde podían viajar los pobres para llegar a L'America. Con una infancia que no se sabe si se le puede llamar infancia, desde los 8 años era asiduo todos los días desde las 3 de la mañana al Mercado Modelo, para ayudar al padre a cargar la verdura que luego vendían casa por casa con un zulqui tirado por un caballo. Durante años su único juguete fue una muñeca, su "poppola", hasta que un día Pepina le obligó a regalarla a una niña malcriada que vino de visita a su casa y que a grito pelado pedía llevarse la muñeca. Entonces Carmelo lloró mucho, pero en silencio, porque en esa época los hombres no podían llorar, aunque tuvieran 6 años. Siempre recordaba esto, y cuando lo contaba sus ojitos quedaban relucientes, como si tuvieran estrellitas.

Carmelo supo de discriminación cuando no pudo tomar la comunión en la iglesia del barrio porque no tenía traje, o cuando fue a avisar a la maestra de su hermana que ese día ella no podía ir y entonces la mal llamada "docente" se mofó delante de toda la clase porque él no tenía zapatos.

Pero Carmelo conoció el lado lindo de la vida: Erminia, su maestra de sexto año, fue su hada inspiradora. Por años se le oía hablar maravillas de esa maestra.

Carmelo fue un autodidacta. Sin que nunca hubiese podido pisar una Universidad, era ingeniero por vocación, artista artesano como medio de vida, psicólogo por necesidad, pero por sobre todo educador, porque sus valores supieron inspirar a varias generaciones.

Carmelo supo lo que era la corrupción ya por los años 50 cuando aquel maravilloso tablado, "Payaseando", reunía en nuestros carnavales de antaño a todo el barrio. El tablado era una obra de arte al que sus maravillosas manos supieron darle vida: un payaso enorme que tenía una pierna en una acera y la otra en la de enfrente supo reunir y alegrar a todo Magariños Cervantes y sus alrededores. Pero, a pesar de ser por lejos el

mejor tablado del año, sacó segundo premio porque los que lograron el primero eran parientes de uno de los principales integrantes del jurado.

A los 18 años Carmelo tenía que votar. Entonces salió a recorrer los clubes políticos para decidirse por quien hacerlo. Empezó por los de los partidos tradicionales que eran los que él conocía. Lo único que encontró es que le ofrecían algo material a cambio del voto. A pesar de su pobreza económica, como era millonario en valores, rechazó las ofertas. En esa intensa búsqueda por encontrar la dignidad, llegó a un club donde nadie le ofreció comprarle su voto y ahí se quedó. Fue así que, inspirado por Frugoni se hizo socialista, no como adherente al Partido sino como practicante de una ideología. De Zelmar aprendió mucho, sobre todo trató de aplicar aquel dicho del flaco: “El que afloja pierde “. Por eso Carmelo no aflojó cuando tuvo que soportar los tratos aberrantes que le hicieron los milicos cuando vinieron en busca de los jóvenes de la casa, ni siquiera cuando le destrozaron el piso de su cuarto buscando quién sabe qué escondite, que nunca existió.

En la época dura de la dictadura, recuerdo que en una manifestación, de aquellas en que se iba pero no se sabía si se volvía, Carmelo vio a un compañero recientemente salido de la cana, y que por lo tanto debía de “presentarse “ periódicamente a los milicos (presentarse?! Como si los milicos no lo conocieran!); por lo que Carmelo se le acercó y en un derroche de generosidad y humildad le dio su gorro y le dijo, Carlitos: cubrite bien la cara, vos lo precisás, yo, en cambio, no soy militante, puedo zafar. Yo me pregunté: No sos militante?!!!. “Como si ser militante estuviera garantizado solamente por una afiliación partidaria!

Carmelo era de los que hacían las cosas sin alardes, sin bocachonear, ni pedir nada a cambio. Así fue que, en épocas de dictadura, acompañaba a cruzar la frontera a cada uno de los compañeros que tenían que salir del país, diciendo: Yo, veterano, sin militancia, soy un despiste para la dictadura. Carmelo era de los que, cuando salía alguna compañera o compañero de la cana (y no importaba de qué sector ni pelo fuera), le trataba de conseguir trabajo, aunque más de una vez quedó mal parado con las recomendaciones. No obstante, su grandeza le daba para afirmar que, si al menos él pudiera ayudar para que una de las familias de los compañeros solucionara de qué vivir, valía bien la pena correr todos los

riesgos.

Desde los primeros tiempos de la vuelta de la democracia, y aún antes, clandestinamente, en el comité le decían “Finanzo”, porque era el responsable de gestionar las finanzas del local, por votación unánime de todos sus integrantes, función que realizó con una transparencia absoluta sin que nunca faltara ni un solo peso, y mucho mejor que muchos contadores. Todos pensaban que estaba loco cuando en una asamblea planteó que no podía ser que se pagara alquiler; cuando con tareas como rifas, quermeses, comidas, se podría juntar para comprar un local que fuera para que todo el barrio se reuniera a compartir alegrías, saudades, recuerdos, hablar de bueyes perdidos y no tan perdidos, al menos para sentir el calor humano, tan necesario en aquellos y en todos los tiempos. Así lo hizo y con ayuda de compañeros del exterior se rifaron artesanías, chales, se hicieron busecas, etc. Era un gusto ver el entusiasmo de la gente. Hasta los menos pudientes colaboraron trayendo harina para hacer tortas fritas. A impulso de Carmelo se compró el local del comité, en la ex Duillio (hoy Bernardina Fragoso de Rivera) y 4 de Julio, en Montevideo. Le llamaron “La Redota”, recordando los miles de yoruguas que tuvieron que irse, pero que siempre estuvieron presentes en el corazón de los que se quedaron. Transcurrieron los años y luego de ellos se hizo una inauguración oficial del comité. Carmelo a esa altura, ya “caminaba lerdo”. Increíblemente las autoridades que vinieron en representación de las altas jerarquías partidarias, olvidaron quién había sido el promotor y organizador de la primera compra de un local partidario y, como a Carmelo le sobraba impulso pero le faltaba un Partido concreto que lo respaldara, las autoridades que vinieron a inaugurar el local invitaron a los jefes de todos los partidos integrantes de la coalición, pero se olvidaron de invitar a Carmelo. Recordando el caso y ya muy viejito, en los ojitos de Carmelo aparecían las mismas estrellitas que cuando él perdió su querida “poppola”. Pero para el barrio, Finanzo siempre va a ser aquel hombre chiquito, pero grande en valores, en ideas, en acciones, que salvó y ayudó a tantas compañeras y compañeros, sin mirar banderas ni pedir nada a cambio, más que la satisfacción del deber cumplido. Gloria eterna viejito lindo!! Y ojalá que la vida nos regale muchos Carmelos!

Aunque usted no lo crea los mandos supremos tenían su corazoncito.

A l@s menores de doce años se los privilegiaba con un régimen de visita especial.

Esto les permitía estar con sus papis cuerpo a cuerpo. Podían tocarlos, besarlos, abrazarlos, hacerse hamacar, llevar a caballito, aupar y contar cuentos.

A l@s mayores se nos concedía este privilegio una vez al año.

Eran hermosas aquellas visitas al aire libre en la placita, en las cuales no alcanzaban los brazos, las palabras, las caricias, las lágrimas.

Las ganas de susurrar las “SELLADAS”, las que no se podían comunicar a través de los permitidos teléfonos ortibas.

Cuidadosamente atesoradas, arrojadas durante un larguísimo año:

- “mengano siempre manda saludos”-
- “fulana y fulanito están bien, escriben dos por tres”-
- ” la ayuda sigue llegando, quédate tranquilo”-
- “no se esperaban el triunfo del NO, la gente está perdiendo el miedo”-

Con estricta prohibición de levantarnos, se nos permitía y ordenaba sentarnos en un banco de la placita, distanciadas estratégicamente unas familias de otras, bajo la mira de las ametralladoras de las torretas del perímetro, vigilados por perros militares sujetos a correa firme, con un soldado parado detrás de cada banco familiar, de piernas y orejas bien abiertas, enhiesto y con el garrote presto.

¡Cómo disfrutábamos de aquellas inigualables, ojalá irrepetibles, visitas especiales!

A posteriori, Familiares y presos entrábamos en fase de recuperación.

Para seguir, se hacía necesario reacomodar corazones maltrechos, presión alta, malestares de estómago, dolor en el pecho, y sobre todo, ver cómo lidiar con aquel malhumor persistente.

10 – VI – 07 // 10 – VI – 72

Si observáramos ambos conglomerados de cifras, ajustándonos a la realidad actual y con la moda por lo esotérico, lo oscuro, lo incomprendible, sacaríamos sutiles juegos de palabras, irracionales. Me niego a estos acertijos. Pero lo que no puedo negar es dar una rápida mirada de golondrina que atraviesa los cielos migratorios.

Treinta y cuatro años han pasado, en simple suma matemática. Pero... los sueños, las luchas, los amigos y compañeros... los que cuentan y cantan a la vida... los que ya no están, por abandono, por olvido, por venta o por alquiler... los que aquí estamos, tratando de entender que hoy el himno de nuestras tierras tiene tanta vigencia... un aullido de animal redivivo... une... fuerte, consecuente: el “libertad o con gloria morir” de mi origen, con el actual, prestado al alma: “ya no ruge la voz del cañón”.

Lo que asombra es como no te quedas afónico. De dónde conseguir la voz, hoy, como ayer, para cantar, gritar, aullar, - y sobre todo, - contagiar, para que otros canten, griten, aúllen, con uno, con muchos... Hasta cuando...

Apareció y dijo... “apronte sus cosas... va a salir” sus cosas... El cepillo de dientes que toca las encías todas destruidas... la ropa interior de recambio... trizas y andrajos... La piel,... lo que queda... El reparto rápido del libro que estás leyendo... o la carta del familiar cercano, que no querés que ellos ensucien... ni con sus miradas... sus manos – garras.

Otra vez, una más, capucha – vendas... no mires ¡...no ves... El empujón que te pone en movimiento, el vehículo que te lleva con un extraño ritmo de batucada... Te levantaron en vilo... caminá... corré... dale, no te quedés...

Siento el campo bajo mis pies... El sol tibio que te dice que no moriste, que festeja tu supervivencia...

Un manotazo... al suelo... (nueva orden) y un grito – “Atacá...” un tierno hocico tibio, me huele... me olfatea... gruñe y es menos animal que quien grita – pseudo humano...

Pasó un tiempo. Estoy semi tendida en un amoroso abrazo con un enorme perro que me cuida... no me ataca... me reconoce como un igual.

De pronto, una voz del pseudo humano que regresa... - “¿No te dije...? Es bruja... no la atacó. – Llévensela... de vuelta... caminá...” De regreso... con el animal – perro que me despide, mientras el animal – hombre, no entiende nada...

Índice

Te invitamos a contar	5
A manera de prólogo <i>Hugo Bervejillo</i>	7
Concierto de ajedrez <i>Arturo Castellá</i>	9
No bajé del 116 <i>Waldemar García</i>	13
Mi madre <i>Juan M. García</i>	18
La sombra del Roble <i>Victor H. Pirrongelli</i>	22
Fue en noche de Carnaval <i>Hugo Jurado</i>	26
Preso 1637, el leproso <i>Carmen Ferrín</i>	31
De visitas, olores y ómnibus <i>Pablo Vera</i>	37
A quien corresponda <i>Luis Méndez Icatt</i>	42
Una visita común <i>Luis Méndez Icatt</i>	46
Resistencia en Facultad de Agronomía <i>María Cristina Olivera</i>	47
Melchora <i>Ramón Machado</i>	51
Bocadito digno el chicle, pero peligroso <i>Luis Méndez Icatt</i>	54
La Mimosa y el muro <i>Sergio Cunha</i>	57
Solidaridad Estudiantil <i>María Cristina Olivera</i>	60
Relatos de autor <i>Lauro Meléndez</i>	62
Categorías <i>Daoiz Vila Pintos</i>	66
Testimonio <i>Jorge Carranza</i>	69
Dr. Roslik <i>Evangelio Núñez</i>	73
Crueldad e infamia en los años duros <i>Ofelia De Ávila</i>	77
Pesadilla <i>Margarita Brasil</i>	80
Acordes <i>Mercedes Espínola</i>	83
Investigación y burocracia <i>Iara Bermúdez</i>	85
Conclusión <i>Raúl Suárez</i>	88
Tiempos de mierda <i>Laura Ordóñez</i>	90
Medidas prontas p'al golpe <i>Evangelio Núñez</i>	93
Carmelo <i>Lilyam Paolino</i>	97
Visita especial <i>Luis Méndez Icatt</i>	100
Imágenes de otra vida <i>Herita Stern</i>	101

Algunas publicaciones de
Ediciones del CRY SOL:

Del testimonio a la historia.
Elizabeth Hampsten

¿Re-cuerdos?
Lía Elizondo

Derecho a la Reparación
Integral de Violaciones a los
Derechos Humanos.
Oscar López Goldaracena

Historias de la cana y la
represión.
*1er. concurso de cuentos
organizado por CRY SOL*

Historias y testimonios de la
represión y la cana.
*2º. Concurso organizado por
CRY SOL*

